9430

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

RECETA MATRIMONIAL,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Marco

MADRID:
OFICINAS: CALLE DEL PEZ, NÚMERO 40, 2.°

1873.

4

RECETA MATRIMONIAL.

RECETA MATRIMONIAL,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARCO.

Representada con extraordinario aplauso, en el teatro del Circo de Madrid la noche del 31 de Enero de 1873.

MADRID.
ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE MANUEL MINUESA,
Juanelo 19, y Ronda de Embajadores.
1873.

PERSONAJES.	ACTORES.
ROSARIO.....	Doña Matilde Diez.
CLARA.....	Clotilde Lombía.
CARLOTA.....	Emilia Dansan.
TERESA.....	Dolores Martinez.
MANUEL.....	Don Manuel Catalina.
FELIPE.....	Mariano Fernandez.
RAFAEL.....	Florencio Romea.
VALENTIN.....	Cipriano Martinez.

La accion se supone en Madrid y en casa de Manuel.

Epoca actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática titulada El Teatro, de *D. Alonso Gullon*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

DEDICATORIA.

AL PRIMER ACTOR

D. MANUEL CATALINA.

Escribiendo esta comedia con la precipitacion que lo he hecho, creo haber dado una prueba de cariño al amigo.

Al poner el nombre de ese amigo al frente de ella, quiero dar un público testimonio de lo mucho que, como artista, le admiro y aplaudo.

José Marco.

670216

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado con puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

TERESA y VALENTIN.

Al levantarse el telon aparece Teresa limpiando los muebles.—Valentin sale fondo izquierda.

VAL. Aun no acabaste, Teresa,
de limpiar los muebles?
TER. No;
pero ya acabo.—Y tú?...
VAL. Yo
ya tengo puesta la mesa.
Mas pronto hacerlo no pude.
TER. En efecto, lo estoy viendo.
VAL. Ahora vengo aquí corriendo
por si quieres que te ayude.
TER. Me falta poco.
VAL. Mujer,
poco será; sin embargo,
si de eso poco me encargo,
no lo tendrás tú que hacer.
TER. Eres de lo más cumplido
que he visto.
VAL. Dame el plumero.
TER. Pero ¡ay! eso es de soltero. (Dando el plumero á Valentin.)
VAL. Pues ya verás de marido! (Limpiando.)

Seré lo más bonachon
que has podido imaginar!
Me vas, Teresa, á llevar
hasta á beber á un pilon!

TER. No tanto. Qué tontería!

VAL. Pues no creas que lo es.

TER. No, Valentin?

VAL. Al revés.

TER. Qué es entónces?

VAL. Picardía.
Yo en esto soy algo ducho
porque sirvo ha tiempo, ¿estamos?
y un criado, con los amos,
si es que quiere, aprende mucho.
Pues bien, yo quise saber,
y una gran cosa he aprendido;
y es que siempre hace el marido
lo que quiere la mujer.
Y como nada hay que tuerza
esa ley, por más que asombre,
que ha de obedecer el hombre
por voluntad ó á la fuerza,
resuelto á tomar estado,
me he dicho yo:—pues señor,
si al fin ha de ser, mejor
es que sea de buen grado:
y así, aunque no lo parece,
la necesidad convierto
en una virtud...

TER. Es cierto.

VAL. Que mi mujer agradece,
y eso me encuentro.

TER. Qué pez!

VAL. Te digo que de mí harás...
tú, en cambio, ya me darás
gusto alguna que otra vez.

TER. Fuera una infamia notoria
que, teniendo tú esa pasta,
sufrir te hiciera...

VAL. Pues basta:
viviremos en la gloria.

TER. Siempre en paz.

VAL. Y no como otros
en una constante lidia...
Hasta los amos, envidia
han de tener de nosotros.

TER. Eso, como si lo viera,

puedes darlo por sentado.
Ha dos meses se han casado
y andan ya de una manera...

VAL. Sí, la cosa no camina
por la vereda mejor:
el amo gasta un humor
que me dá muy mala espina.

TER. Y ella padece.

VAL. Tan bella!

TER. Y buena.

VAL. Pues don Manuel...

TER. Ella es mejor.

VAL. Mejor que él?
Vale él mucho.

TER. No más que ella.

VAL. Como quieras.— Y he acabado
con esto mi cometido
y la cuestion. (Campanilla.)

TER. Pues ha sido
á tiempo porque han llamado.

VAL. Serán los amos.

TER. Ve aprisa, (Vase Valentin fondo derecha.)
no tengas despues cancion.
Ellos deben ser.—Y son. (Mirando hácia el fondo.)

ROS. Vaya, ya tenemos misa.

ESCENA II.

ROSARIO, TERESA y MANUEL.

Rosario sale apoyándose en el brazo de Manuel por la puerta del fondo derecha, y se coloca enfrente de un espejo para quitarse el sombrero. Manuel, con el devocionario, que se supone de Rosario, se coloca al lado opuesto, significando algun disgusto. Teresa, que queda junto á la puerta del fondo, despues de dejarles paso, observa á Rosario y á Manuel.

TER. Señorita, quiere usté (á Rosario.)
que la ayude?

MAN. Por ahora,
no. Vete. (Con aspereza.)

TER. (Suspirando.) (Pobre señora!)

ROS. Si acaso, te llamaré. (Á Teresa que se va fondo derecha.)

ESCENA III.

ROSARIO y MANUEL.

Ros. Hijo, qué es lo que te pasa
que tan mal templado estás?
MAN. No me hace gracia ir á misa
á estas horas. (Echando el devocionario encima de un velador.)
Ros. Pues hoy ¡bah!
alcanzamos la de doce.
MAN. Vaya! Habrá que repicar.
—Parece que te has propuesto
ir siempre tarde.
Ros. No tal.
Al contrario: mira, todos (Acercándose á Manuel que se habrá sentado en una butaca.)
los domingos hago el plan
de salir pronto de casa.
—Lo dudas? (Al ver que Manuel se sonríe maliciosamente.)
MAN. Qué he de dudar?
Mas qué importa que hagas planes
si no los cumples jamás!
Ros. Calla, hombre; si no me explico
cómo el tiempo se me va.
Se levanta una á las ocho,
que en Enero es madrugar,
y en tomar el chocolate,
dar, como es muy natural,
una vuelta por aquí
y otra vuelta por allá,
á fin de ver si las cosas
marchan bien ó marchan mal,
adios, mañana! Cuando una (Imitando el sonido de una campana.)
quiere acordarse, dan! dan!
las doce: á atusarse el pelo
en cuanto pueda pasar;
despues ponerse el vestido
que más á la mano está,
mientras la bata te quitas
y te pones el gaban,
y á misa corriendo! Y gracias
si al fin logramos llegar
á la de una ántes de que

hayan mudado el misal.

MAN. Y gracias, sí; muy bien dices:
sino, hay que hacer enganchar
el coche, y á escape á Pozas
para la de dos.

ROS. Verdad.

MAN. Pues, Rosario, yo lo siento;
mas no te puedo ocultar
que ambas cosas me dan ira.

ROS. Por Dios, Manuel.

MAN. Además,
que esas misas no aprovechan.
La gente que á oirlas va,
más que á cumplir el precepto
de la iglesia, va á fisgar,
ó á lucir un moño, un traje,
ó... alguna otra cosa más.

ROS. Echa, echa!...

MAN. Es el Evangelio.

ROS. Bueno, y aunque, en realidad,
así sea, qué? Esas misas,
Manuel, no aprovecharán
para la gente que ofenda
con semejante impiedad
el templo de Dios.

MAN. Despues,
vaya usted, vaya á evitar
la revistita insolente
de tantos fieles como hay
siempre de puertas afuera,
y que, abriendo cada cual
unos ojazos tamaños,
allí tragándose están
á cuantas pasan.

ROS. Jesús!
Qué modo de exaegrar!
A mí nunca me han tragado.

MAN. Es que no faltaba más! (Levantándose exasperado.)
Pues hombre!

ROS. Celoso y todo!

MAN. Rosario!

ROS. De cuándo acá?

MAN. Mira que no estoy de humor...

ROS. Es una debilidad;
y aunque debiera ofenderme,
pues de mí te hace dudar,

como dicen que los celos
del amor son hijos...

MAN. Ay!

ROS. Tus celos, por este lado,
no me dejan de halagar.

MAN. Qué taravilla, Dios mio!

ROS. Pobre Manuel!

MAN. Basta ya!
Y por qué soy pobre, dí?

ROS. No seas tan material.
Te lo he dicho...

MAN. Es que no quiero
que me llames pobre, ¿estás?
aunque un dia lo llegara
á ser de solemnidad.

ROS. Bueno, hombre, bueno.

MAN. Me gusta!

ROS. (Es lo más original!)

MAN. Pobre yo...! Cuidado que...!

ROS. Pero, Manuel...

MAN. Quita allá.

ROS. Cómo es posible que tú,
que tienes de mazapan
el corazon, te propongas
hacernos ver que es de agraz?

MAN. Pues qué! No tengo motivos
para quejarme quizás?

ROS. Y de qué?

MAN. Cómo de qué?
Quien te escuche pensará
que esta casa no es más que otro
paraiso terrenal,
que en el siglo diez y nueve
yo soy un segundo Adan,
y que á morir voy de empacho,
de gusto y felicidad!

ROS. Mira, no ofendas á Dios
que te puede castigar...

MAN. Como no ves lo que sufro...

ROS. Tú sufres!

MAN. Ese es el mal.

ROS. Pobrecito!

MAN. Qué! Otra vez!

ROS. Se me fué.

MAN. Vaya un afan!...

ROS. Tengan compasion y lástima
de este mísero mortal,

que anda desnudo y enfermo,
sin un pedazo de pan
para él y su compañera,
que unos disgustos le dá!...

MAN. Pero tú piensas que para
que uno se pueda quejar
es fuerza que esté baldado,
que no tenga ni un real
y que su mujer le araña!
Pues en un error estás.
A mí no me altera nunca
una récia tempestad;
lejos de eso, sus efectos
veo con serena faz;
y mira tú lo que son
las cosas! Te asombrará!
No puedes tener idea
del disgusto y malestar
que me aflige cuando el cielo
encapotándose va
por esas nubes, que apénas
llegan el sol á apagar,
y que son una amenaza
silenciosa nada más.

ROS. Eso es nervioso.

MAN. Qué tienen
que ver los nervios con la?...
Para que mejor lo entiendas:
tú me clavas un puñal
ahora, aquí, en el corazon.

ROS. Hombre, yo? Qué atrocidad!

MAN. Me lo clavas.

ROS. Como quieras;
te lo clavo.

MAN. Pues quizás
sufriera el golpe impasible.

ROS. Sufrir es!

MAN. Vaya!

ROS. En fin, tal
el golpe pudiera ser.

MAN. Pero cómo! Yo aguantar
que hoy me des aquí un pinchazo,
mañana un segundo acá,
y otro pasado, y luego otro...
que si quieres! Ay, ay, ay,
para eso no tengo calma
ni la he de tener jamás.

Ros. Los nervios, no le des vueltas.
MAN. Dale!
Ros. En ellos está el mal.
MAN. Qué nervios ni qué ocho cuartos?
Ros. Pues á ver.
MAN. El mal está
en el matrimonio, vaya!
Yo no me puedo amoldar
á esa situacion que crea
tan difícil y especial.
Ros. Luego el mal está en tí entónces.
MAN. Bueno, corriente, estará:
y sabes que te lo dije
lo ménos un centenar
de veces, antes de unirnos
con el lazo conyugal.
Dueño de mí por completo
desde muy temprana edad,
y con dinero bastante,
no me ha regido jamás
otro poder en el mundo
que mi santa voluntad.
Por eso, yo comprendia
cuán duro, cuán triste y cuán
penoso me iba á mí ser
el perder la libertad.
Por eso llegué á cumplir
los cuarenta sin casar,
y por eso un dia y otro,
como tú recordarás,
te decia yo:—Rosario;
no es bueno precipitar
de esa manera las cosas.—
Mas tú te obstinaste, y... zás!
hicimos un desatino
que nos tiene que pesar.
Ros. Será á tí, pues yo...
MAN. Qué quieres?
Tal vez los nervios tendrás
á prueba de matrimonio,
y te envidio: muy formal
lo digo.
Ros. Pues no me envidies,
porque yo he de sufrir más.
MAN. Tú? Por qué?
Ros. Al ver que no logro
hacerte sobrellevar

con calma y resignacion
alguna contrariedad,
que puede salirte al paso,
y que Dios tal vez te dá,
no para que tú la mires
como si fuera un dogal,
sino como un necesario
contraste para alterar
la triste monotonía
que ofreceria al mortal
la vida, si la pasara
en una absoluta paz.

MAN. Mira, Rosario, todo eso
suena muy bien.

ROS. Nada más?

MAN. Es música. A mí me irrita
tener que ir á visitar,
cuando quiero estarme en casa.
Vestirme para ir al Real,
cuando yo me acostaria:
y tenerme que acostar,
cuando me iria al Casino.
Y aun falta lo principal:
aun lo gordo no ha venido.

ROS. Y lo gordo, qué es?

MAN. Aun no hay
de por medio ningun rorro,
que al fin y al cabo lo habrá...

ROS. Te voy á llamar desde hoy
fray Manuel.

MAN. Y por qué fray?

ROS. Reverendo más completo!..
Vaya, y qué padre... guardian!

MAN. Tú pensarás lo que gustes;
pero yo debo buscar
para mi mal un remedio.

ROS. Búscalo muy eficaz
para curar tu aprension.

MAN. Aprension! Tú creerás
que es aprension lo que tengo. (Sacando un cigarro.)

ROS. Calle! Ahora vas á fumar? (Tosiendo.)

MAN. No quieres tú?

ROS. Te diré...

MAN. Lo ven ustedes? Qué tal?
Ni fumar un cigarrillo!
Si es aprension! Voto á San! —

ROS. Fuma, Manuel, fuma! Pero
como vamos á almorzar,
te lo advierto solamente...

MAN. Lo adviertes... tosiendo? Ya! (Guarda el cigarro.)

ESCENA IV.

Dichos y VALENTIN.

VAL. Señor... (Desde el fondo con una tarjeta en una bandejilla.)

MAN. A qué viene ahora
interrumpir, majadero?

VAL. (Malo!) Es... este caballero
que viene con su señora.
Me dió su tarjeta y dijo:
pásala al punto á tus amos.

MAN. Para visitas estamos.

ROS. Vé quién es.

MAN. Felipe Urquijo! (Leyendo sorprendido la tarjeta que le presenta Valentin.)
Felipe en Madrid! Por vida!...

ROS. Y tambien Carlota?

MAN. Sí.

VAL. Les digo que entren aquí?

MAN. Sí, que pasen en seguida. (Vase Valentin fondo derecha.)

ESCENA V.

ROSARIO y MANUEL.

ROS. No fué Felipe á Alicante
empleado?

MAN. Hará como un mes.

ROS. Un mes! Pues entónces es
que le han dejado cesante.

ESCENA VI.

Dichos, CARLOTA y FELIPE.

Felipe y Carlota aparecen por el fondo derecha, precedidos de Valentin, que se detiene á la puerta y desaparece despues de dejarles paso.

FELIPE. Manuel! (Abrazándole.)

MAN. Felipe!

ROS. Carlota! (Abrazándola.)

CAR. Rosarito!
ROS. Qué sorpresa!
MAN. Venirse así... á la francesa,
sin decir á nadie jota!
FELIPE. Para qué? No seas tonto,
y suaviza ese visaje.
Además, que nuestro viaje
ha sido cosa de pronto.
ROS. Por mucho que lo haya sido,
para escribir dos renglones
tiempo habrá habido...
FELIPE. Pues nones.
CAR. No, Rosario; no lo ha habido.
FELIPE. Si esto el enojo no evita,
absuélvanos del pecado
el haberles dedicado
nuestra primera visita.
ROS. No; ya se la arreglarán
de manera que tendremos...
MAN. En fin, nos contentaremos
con lo poco que nos dan.
Y cuándo fué la llegada?
FELIPE. Hoy, Manuel.
ROS. Sí? Vamos, esto...
MAN. Y cesante, por supuesto?...
CAR. Cesante!
FELIPE. No sabes nada?
CAR. Pues si tiene una prebenda!
ROS. Es de veras?
MAN. Ménos mal.
CAR. Me le han nombrado oficial
del ministerio de Hacienda.
MAN. Cáspita!
FELIPE. Lo que has oido.
En la aduana de Alicante
un mes!... Chico, ya es bastante,
y el Gobierno me ha traido
dejando muy por extenso
mi celo recompensado,
pues, además del traslado,
me ha dado un bonito ascenso.
MAN. Tambien?
FELIPE. Se porta esta gente.
MAN. Es extraño!
CAR. Qué ha de ser!
Pues podia no ascender
con un ministro pariente.

MAN. Ah! Vamos.
ROS. Bien!
FELIPE. Insensata!
CAR. Pero, hombre...
MAN. Qué te alborota?
FELIPE. Señora doña Carlota,
ha metido usted la pata.
MAN. Entre amigos...
ROS. Que son fieles.
FELIPE. Habló el buey y dijo mú.
Por lo demás, qué haces tú
que no lees los papeles?
MAN. Yo? No...
FELIPE. Pues la penitencia
sufriste con el pecado.
MAN. Qué! De tí se han ocupado?
CAR. Hasta *La Correspondencia*.
MAN. Qué diantre!
ROS. Y qué dijo?
FELIPE. Dijo:
"El digno, honrado, leal,
y modesto liberal
señor D. Felipe Urquijo,
administrador...
MAN. (Me escamo.)
FELIPE. De la aduana de Alicante,
viene á una plaza importante
de la direccion del ramo.
Damos nuestro parabien
al empleado referido
por el ascenso obtenido,
y se lo damos tambien
al ministro inteligente
que hoy, con tino no comun,
premia los servicios de un
liberal tan consecuente."
ROS. Anda, anda.
MAN. Vaya un bombito!
FELIPE. Pche...
ROS. Bien pregona su gloria.
MAN. Y lo sabe de memoria!
CAR. Como que él mismo lo ha escrito.
MAN. Ah! Con que tú?
FELIPE. Si no fuera...
ROS. Usted ha puesto?
FELIPE. Por Dios! (Suplicando á Manuel y Rosario.)

Te prevengo que van dos (Con intencion á Carlota.)
y no aguanto la tercera.

CAR. Pero si...

FELIPE. Chitito, estamos?

ROS. No hay motivo...

MAN. (Otra disputa!
Pues tampoco este disfruta
de mucha paz que digamos.
Achaque del matrimonio.)

ROS. Don Felipe, vamos, calma... (A Felipe con quien habrá hablado y estará exacerbado.)

FELIPE. Pero, Rosario de mi alma,
si hay para darse al demonio
con esa lengua indiscreta!

CAR. Es que...

FELIPE. Callas!! (Con ademan amenazador)

ROS. Ya calló. (Interponiéndose entre Felipe y Carlota que dará un grito.)

FELIPE. Mejor para ella: sino
ya conoce mi receta.

MAN. ¿Cómo es eso?

ROS. Qué salida!

MAN. Tienes tú?... (A Felipe con interés.)

FELIPE. Un medio probado
para que pueda un casado
pasar tranquilo la vida.

MAN. Oh! feliz descubrimiento!

FELIPE. A no ser por él, qué horror!

MAN. Pues vas á hacerme el favor
de esa receta al momento.

ROS. Ja! ja! ja! Es chistoso el paso. (Hablando con Carlota))

CAR. Rosario, cuando se altera,
mi marido es una fiera.

ROS. Pero usted por qué hace caso?...

CAR. Ya hablaremos.

FELIPE. (Hablando con Manuel.) Yo me fundo,
y el que se ablanda hace mal.
El hombre es el animal
mas grande que hay en el mundo

MAN. ¿Cómo es eso?

FELIPE. Y las mujeres,
ante el rey de la creacion,
se han de humillar y ... chiton!

MAN. Mas vas á fumar? (Al ver que Felipe saca un cigarro.)

FELIPE. No quieres?
MAN. Cómo! Yo? No he de querer?
FELIPE. Mas tu extrañeza supone...
Ah! Vamos, ya! Es que se opone
á que fumes tu mujer. (Guardando el cigarro)
ROS. No, no hay tal oposicion.
MAN. No se opone en son de mando;
mas tose, de vez en cuando,
y hace alguna observacion...
ROS. Manuel! (Reconviniéndole dulcemente.)
FELIPE. Oh! si, ese es el modo...
y tu de él no habrás sabido
defenderte, y te has perdido!
Vaya! Lo comprendo todo.
ROS. Todo?
CAR. Felipe está ducho...
FELIPE. No suelo entrar por el aro.
CAR. (Bárbaro!)
ROS. Lo que reparo
es que usted comprende mucho.
MAN. Bueno, podemos fumar
en mi despacho, si quieres.
FELIPE. Paliativos!
MAN. Las mujeres
querrán á solas hablar.
ROS. Y ustedes no? Sin esfuerzo.
MAN. Hablaremos
FELIPE. Ya se vé.
MAN. Solo un momento hasta que
nos llamen para el almuerzo.
Mas ahora caigo!
FELIPE. Qué pasa?
MAN. No te he dicho que está aqui
Rafael?
FELIPE. Quién? Tu primo?
MAN. Sí.
Vive en esta misma casa:
arriba. Lo mas padrazo!
FELIPE. Calla!
MAN. Le voy á llamar.
Poquito se va á alegrar
de verte y darte un abrazo!...
Si es que su mujer le deja.
FELIPE. Qué es lo que dices! Conmigo
qué peligro vé? Pues digo!...
Pero vamos, será vieja...
ROS. Clara, vieja? No, no tal,

CAR. Tendrá celos...
ROS. Y el dió pié...
FELIPE. Lo que ha de decir usté
que es mujer, y ahí está el mal.
Mas yo haré que ese muchacho
se cure. Que se presente. (Manuel suena el timbre.)
ROS. Es una idea escelente.
Sí, que baje y... al despacho;
y los tres juntitos...
FELIPE. Justo.
ROS. Hablan de su enfermedad
y con toda libertad
se despachan á su gusto.
MAN. Dí que baje al señorito (A Valentin que aparece por el fondo y se vá despues de recibir el recado.
Rafael.—Y tú, cuando venga... (A Rosario.)
ROS. Haré que no se detenga.
Pero mucho cuidadito
en cometer un desliz,
ilustrísimos doctores.
CAR. Pobre de usted! (A Rosario.)
FELIPE. Los dolores
se curarán de raiz.
MAN. Vamos, pues.
FELIPE. Yo no me duermo!
ROS. Será usté un doctor de punta;
pero despues de la junta
suele morir el enfermo. (Vánse Manuel y Felipe, primera puerta derecha.)

ESCENA VII.

ROSARIO y CARLOTA.

CAR. Se ha perdido usted, Rosario.
ROS. No comprendo..:
CAR. Está usted fresca
si Felipe abre los ojos
á Manuel, y á más se empeña
en curarle, como él dice.
ROS. Me rio yo de la ciencia
del doctor Felipe.
CAR. Sí?
Repito que es una fiera.
ROS. Pero á ver; en qué consiste

su tan temida receta?
CAR. Pues es un grano de anís!
Él de repetir no cesa
que el hombre es el animal
más grande que hay en la tierra.
ROS. Es posible! Tiene gracia!
Y él lo dice?
CAR. A boca llena.
Añadiendo que es el rey
de la creacion.
ROS. Hola! Esa
aclaracion ya varia.
CAR. Y que si bien él no niega
que posee la mujer
una igual naturaleza,
léjos de dejarse el hombre
dominar nunca por ella,
debe avasallarla siempre,
si no de grado, por fuerza.
ROS. Tal cree? Entónces Felipe
dice bien; el que así piensa
es, Carlota, el animal
más grande que hay en la tierra.
CAR. Cuando yo le digo á usted
que Felipe...
ROS. Y sus ideas,
preciso, han de ser orígen
de muy tristes consecuencias?
CAR. Vaya! A no ser porque yo
me he ingeniado de manera...
porque sabe usted lo que hago?
Siempre que Felipe encuentra
que alguna cosa que he dicho
ó voy á hacer le molesta,
yo procuro defenderme
hasta que él al fin me suelta...
ROS. Alguna coz?
CAR. Dios me libre!
Nunca doy lugar á ella.
Lo que dejo que me suelte
es la... la amenaza prévia,
porque hay que hacerle justicia,
eso sí, tiene la buena
cualidad de avisar.
ROS. Vamos.
CAR. Y cuando yo oigo el alerta,
por convencida me doy

y se acaba la pelea.
ROS. Pero la razon no brilla...
CAR. Y si, porque brille, llega
la amenaza á vias de hecho?
No; es mejor tener prudencia.
ROS. Pero acaso teme usted
que su marido cometa?..
CAR. Pues no he de temer! Felipe
es muy capaz... friolera!
ROS. Pues, Carlota, francamente,
no apruebo yo ese sistema
de vida: qué quiere usted?
CAR. Ay! Pues no de otra manera
he podido yo vivir
con Felipe, y si este adiestra
á Manuel, usted tendrá
que amoldarse con paciencia...
ROS. Carlota, no acabe usted:
pensando así, hace una ofensa
á mi marido...
CAR. Rosario,
no he tenido tal idea...
ROS. El caso es que yo no sé
si tomar como de véras
la cosa, ó echarla á risa.
CAR. Ya verá usted...
ROS. Alguien llega.

ESCENA VIII.

Dichas y RAFAEL.

RAF. (Sale fondo derecha precipitadamente, y se detiene al ver á Rosario y á Carlota.)
Dónde está, dónde...? Oh! Rosario!
Señora... Perdon, si se entra
aquí de un modo tan brusco
quien ardientemente anhela
dar un abrazo á un amigo.
ROS. Es mi primo. (Presentándole á Carlota.)
RAF. La escalera
bajé á escape.
ROS. Esta señora (Por Carlota á Rafael.)
es la esposa... á ver si aciertas?...
RAF. De Felipe?
CAR. Sí señor.

RAF. Celebro mucho... (Ay, qué fea!)
ROS. Y el niño, cómo le tienes?
RAF. Tan monísimo! Si vieras!...
Con unos ojitos!...
ROS. Vaya!
RAF. Y una boquita entreabierta...
ROS. Y unas manecitas... y una!...
Este se vuelve jalea
en hablándole del chico.
CAR. Es natural que suceda.
RAF. Dormidito se ha quedado
tirando... así... de las riendas
del caballo de carton
que le compré en Noche-Buena.
—Señora, usted tiene niños? (A Carlota.)
CAR. No, señor. (De mal humor.)
RAF. (Ay! qué imprudencia!)
—Y Felipe?
CAR. Qué! Tampoco! (Alarmada.)
ROS. Rafael! (Reconviniéndole.)
RAF. No me reconvengas!
Si no he querido decir
lo que esta señora piensa.
CAR. Usted ha dicho...
RAF. Y Felipe?
Esto es, dónde se encuentra?
ROS. Ah!
CAR. Creí...
ROS. Está en el despacho
con Manuel. No te detengas
por nosotras...
CAR. Vaya usted.
ROS. Te aguardan con impaciencia.
RAF. Entónces, con su permiso... (Dirigiéndose á la puerta derecha llamando á Felipe, á quien se supone encuentra al traspasar el umbral.)
—Felipe! Felipe!... Aprieta!...

ESCENA IX.

ROSARIO y CARLOTA.

CAR. Jesús! El primo de usted
debe ser un calavera!
ROS. Ha sido un don Juan Tenorio.
CAR. Eh! Qué tal!
ROS. En toda regla.

Pero yo no sé, Carlota,
si arrepentido de véras
ó cansado y aburrido
de sus constantes proezas,
en Rafael se ha obrado una
metamorfósis completa
desde que tomó á mi prima
por esposa y compañera.
Si viera usted qué vida hace!
El, que ántes siempre de gresca
y de crápula estaba, ahora
no sale de casa apenas,
ni da un paso, ni hace nada
sin que su mujer la vénia
le otorgue.

CAR. Mujer dichosa! (Suspirando.)

ROS. Para que usted una idea
forme de lo que es mi primo:
su niño seis meses cuenta,
y el Tenorio de ayer, hoy,
para arrancar una nueva
sonrisa de su boquita,
las horas se pasa enteras
agitando un sonajero
ó sonando una trompeta
y le mece... y hasta canta,
para que despues se duerma.

CAR. En efecto, habrá muy pocos
que tan buena pasta tengan.

ROS. Pero como en esta vida
pagan algo de su cuenta
los mortales, sin perjuicio
de liquidarla en la eterna,
mi primo, que es un esposo...

CAR. Rara excepcion de la regla.

ROS. Sin tacha...

CAR. De esos que ya
solo se ven en comedias!

ROS. De sus escesos de antaño
hoy sufre las consecuencias,
pues su mujer, escamada
de lo que fué, no le deja
ni respirar, y le tira
demasiado de la cuerda.

CAR. Pues podia esa señora
ir á Felipe con esas.
Del primer grito... es posible

que le saltara una muela!

ROS. Ya verá usted lo que tarda
en asomar por la puerta
con el fin de cerciorarse,
de una manera indirecta,
de si vino aquí y á qué
su marido.

CAR. Pero llega
hasta ese extremo?...

CLARA. Se puede,
prima?

ROS. No lo dije?... (A Carlota.)

CAR. Es ella! (A Rosa admirada.)

ESCENA X.

Dichas y CLARA.

ROS. Por qué te detienes? Pasa. (A Clara que se habrá detenido en la puerta.)

CLARA. No me habias contestado...

ROS. El permiso es escusado
para entrar en nuestra casa.
Y aunque no te lo anticipe...

CLARA. Sí, pero al encontrarte ahora
con visita...

ROS. Esta señora (Por Carlota.)
es la esposa de Felipe,
de quien nos habrás oido
hablar.

CLARA. Es cierto.

ROS. Mi prima. (Presentándola á Carlota.)

CLARA. A Felipe se le estima
aquí mucho, y mi marido...

CAR. Yo les doy gracias por él.

CLARA. Merecido lo tendrá
cuando así le quieren.

CAR. Bah!...

CLARA. Si oyera usté á Rafael!...
—Y Felipe... vino aquí?

CAR. Sí, conmigo.

CLARA. (No mentia.)

ROS. Ya, Clara, te lo diria...

CLARA. Pero yo no lo creí.

CAR. Sí, señora, á veces pasa...

CLARA. Rafael me lo dijo, y esto...
creí que fuera un pretesto
para escaparse de casa.
CAR. Pues esta vez no lo es.
CLARA. Yo me doy mil parabienes.
ROS. No, hija mia, no; ahí los tienes
charla que charla á los tres.
CLARA. Luego se vendrán quejando
de que hablamos con esceso.
ROS. Y si no hicieran más que eso!...
CLARA. Qué hacen?
ROS. Están conspirando.
CLARA. Vamos, tú embromarme quieres.
CAR. Cá! No señora.
CLARA. Deliran!
ROS. Quizá.
CLARA. Y contra quién conspiran?
ROS. Contra sus pobres mujeres.
CLARA. Y lo consientes?
ROS. Sí tal.
CLARA. Y usted?... (A Carlota.)
CAR. No me haria caso...
CLARA. Pues eso yo no lo paso.
ROS, No te vendrá ningun mal.
Si peligra algun reposo,
solo es el mio.
CLARA. Y por qué?
CAR. Rosario!...
ROS. Porque no sé (Con sentimiento.)
hacer feliz á mi esposo.
CLARA. Lo habia pronosticado.
Bah! Si tú, sin perder ripio,
le hubieras, desde un principio,
cortito, muy corto atado!...
CAR. Pues yo, sin que usted se ofenda,
creo que eso es un error,
y que vivirá mejor
si le da toda la rienda.
CLARA. Ay! Jamás tendrá ese gusto
mi esposo!
CAR. En esa materia...
CLARA. Cada uno habla de la feria...
CAR. Segun le va en ella, justo.
ROS. Lo cierto es que la coyunda
sienta á mi Manuel lo mismo
que si fuera un sinapismo:
que él la vida se circunda

de desdichas que soñó,
y que yo le convencia
de la aprension que tenia,
cuando Felipe llegó,
y al matrimonio haciendo ascos,
echándola de plancheta,
con yo no sé qué receta
le ha levantado de cascos.
Y los tres están...

CLARA. Traidores!

ROS. Con pretesto de fumar,
ocupados en curar
sus respectivos dolores.

CLARA. Rafael! (Llamándole.)

CAR. Deje usted...

CLARA. Bobada!

ROS. No quieres que se consuele?...

CLARA. A Rafael no le duele
absolutamente nada.
—Ni ustedes esa reunion
deberian tolerar.

ROS. La mujer debe reinar
tan solo por conviccion.

CLARA. Sufrir que en nuestro perjuicio
anden en conspiraciones!

ROS. Quizá el mal que tú supones
nos reporte un beneficio.

CAR. Me lo como!

CLARA. Qué bromazo!
Con que opinas les dejemos?...

ROS. Sí; mas que les aguardemos
las tres con el arma al brazo.

CLARA. No comprendo...

ROS. En somaten
se alzaron y no es prudente
una oposicion de frente;
pero unámonos tambien.

CLARA. Y qué plan piensas seguir?

CAR. (Ay! Si Felipe me atrapa!) (Despues de haber dado muestras de alegría al oir la proposicion de Rosario.)

ROS. Estarnos así... á la capa:
esto es, á verlos venir.

CLARA. Bueno.

ROS. En cuanto á mi marido,
como siga haciendo el tonto,
yo le aseguro que pronto

llevará su merecido.
Que se queje de aprension.

CLARA. Y, si no se enmienda, qué?...

ROS. Si no se enmienda, yo haré
que se queje con razon.

ESCENA XI.

Dichas, TERESA y VALENTIN.

VAL. No digas... (A Teresa en el fondo.)

TER. Calla, mastuerzo.

VAL. Pero no ves que hay visita!...

TER. Y qué importa? Señorita... (A Rosario.)

ROS. Qué, Teresa? Está el almuerzo?

TER. Sí, señora.

CAR. Sin cumplido.

ROS. Entónces avisarás...

TER. Valentin. (Llamándole con imperio é indicándole la puerta de la derecha por la que Valentin se va diligente.)

ROS. Hola! Ya vas
educando á tu marido?

CAR. Ah! Los dos?...

ROS. Va á ser la esposa...

CAR. Hija, Dios te ampare.

TER. El es
tan bueno!...

CLA. Ahora.

CAR. Sí, despues...
despues ya será otra cosa.

TER. Ca! Si el pobre se desvive...

CAR. No te fies de ese dato.

ROS. Aquí sale el triunvirato.

CLA. Les echamos el quién vive?

ROS. No, al revés.

CLA. Si de mis prontos
me guiara en casos tales!...

CAR. Parecen tres criminales.

CLA. Tres bedüinos.

ROS. Tres tontos.

ESCENA ULTIMA.

Dichas, MANUEL, FELIPE, RAFAEL y VALENTIN.
Valentin sale delante, levanta la portier y van apareciendo uno á uno y algo preocupados los demás.

CLA. Cierto, por su aspecto insulso.

ROS. Qué tal, doctor? Qué tenemos? (A Felipe con intencion.)

FELIPE. Nada; si apenas nos hemos
podido tomar el pulso.
ROS. Qué exámen tan minucioso!
MAN. No nos dejais respirar.
Pero despues de almorzar
hablaremos con reposo.
FELIPE. Puedes de mí disponer.
ROS. Qué! Van á almorzar aquí
Felipe y Carlota?
MAN. Sí.
FELIPE. (Ya se opone tu mujer. (A Manuel.)
A darle por donde quema.)
MAN. (Contigo reza el convite (A Rafael.)
si es que Clara te permite...)
RAF. (Pues cómo no!.. Y mi sistema?..) (A Manuel.)
MAN. (Qué! Tú tambien?..) (A Rafael.)
RAF. (Por supuesto.) (A Manuel.)
MAN. (Pues señor, yo soy un bolo!)
ROS. No, yo lo siento tan solo (Dirigiéndose á Carlota y Clara con quienes habrá estado hablando.)
por no haber nada dispuesto.
MAN. Rafael se queda tambien.
FELIPE. (Magnífico!) (A Manuel.)
ROS. (Manuel hoy...) (Pensativa.)
RAF. No, primo, no; yo me voy...
MAN. (Mas no dices?) (A Rafael reconviniéndole.)
RAF. (Calma ten.) (A Manuel.)
MAN. (Pero...) (A Rafael.)
RAF. (Ya verás.) (A Manuel.)
MAN. (No entiendo...)
RAF. No, no puedo acompañarte.
CLA. Y por qué no has de quedarte?
RAF. Me quedaré.—(Lo estás viendo?) (La primera frase la dice en voz alta y como resignándose: la segunda á Manuel con satisfaccion.)
MAN. (Vaya un logogrifo!)
RAF. (Yo
he estudiado á las mujeres. (A Manuel.)
Ahora dime tu si quieres
que Clara se quede ó no.)
FELIPE. (Hombre, sí) (Animando á Manuel para que resuelva afirmativamente la proposicion de Rafael.)
MAN. Tú tambien Clara... (Invitándola)
RAF. Imposible. (Oponiéndose.)

MAN. (No me esplico!..)
CLA. Imposible?—Acepto, chico.
RAF. (Se quedó.) (A Manuel con aire de triunfo.)
MAN. (Cosa mas rara!...)
FELIPE. (No quieres caldo? Pues llenos
tres pucheros tomarás.)
ROS. Bien; almorzaremos mas,
pero comeremos ménos.
CAR. Rosario, por Dios...
FELIPE. (Amigo,
te estás portando!) (A Manuel.)
MAN. A la mesa!
ROS. Quita el sombrero, Teresa... (Por el que llevará Carlota.—Teresa obedece.)
MAN. Valentin, quita el abrigo. (Por el de Felipe.)
FELIPE. (Si el látigo levantado
tú tienes, serás feliz.) (A Manuel.)
MAN. Te presento á un aprendiz...
á un aspirante á casado. (Por Valentin.)
FELIPE. Le instruiremos.
VAL. Me acomoda.
RAF. (Me quedo por darte gusto.) (A Clara con quien estará hablando en el centro.)
CLARA. (Pues, hijo, te aguantas.) (A Rafael.)
RAF. (A Clara.) (Justo.)
CAR. (Con que es cosa hecha la boda?) (A Teresa que le estará quitando el sombrero, formando grupo con Rosario á la izquierda.)
TER. (Señora, una á qué está, al fin?)
MAN. (Mejor fuera que te ahorcases.) (A Valentin que estará quitando el gaban á Felipe, formando grupo á la derecha.)
RAF. Vamos? (En el centro.)
CAR. (Antes que te cases...) (A Teresa.)
MAN. (No te cases, Valentin.) (A Valentin.)
(Se dirigen todos á la puerta del fondo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

VALENTIN y TERESA.

TER. Valentin, digo y repito
que no te consiento, vaya,
que en el juego de los amos
te metas tú á tomar cartas.
VAL. Si me las dan, no tendré
más remedio que tomarlas.
TER. No tendrás otro remedio?
Pues nos veremos las caras.
VAL. Pero, mujer, hazte cargo...
TER. No me hago cargo de nada.
VAL. Eres injusta.
TER. Yo injusta?
No, no es esa la palabra:
lo que soy es precavida.
VAL. Bah! Sin motivo te alarmas.
TER. El forastero y el primo
del señor profesan máximas,
que yo no quiero que escuches
ni mucho ménos que aplaudas.
VAL. Yo aplaudir! Cuándo he aplaudido?
TER. Tú piensas que estoy en Bábia!
Sirviendo la mesa, ví
que te hacian mucha gracia
las pullitas de los amos,
y, si lo he visto con calma,

y no he roto alguna copa
ó de ira vertí la salsa,
ha sido por un milagro.

VAL. Mas, Teresa, esta mañana
no te he dicho que he aprendido
una cosa, que no falla,
y es que el hombre ha de hacer siempre
lo que la mujer le manda?

TER. Pues ya sabes lo bastante.

VAL. Pero...

TER. No hay pero que valga.

VAL. Chist! Que vienen los señores.

TER. Sí? Pues te llamas andana.

ESCENA II.

Dichos, MANUEL, FELIPE y RAFAEL.

MAN. Hablar aquí, si nos dejan,
podremos á nuestras anchas.

FELIPE. Cómo! Y aunque no nos dejen
hablaremos. No faltaba!
El hombre es el animal...

MAN. Sí, ya sé, el rey!...

RAF. El que manda.

FELIPE. Y abdicar de sus derechos
seria una inocentada:
la semilla productora
de su perpétua desgracia.

MAN. De véras!

FELIPE. Frescos estábamos
si uno la cuerda aflojara.
Un marido debe hacer
su voluntad y acatarla
la mujer.

TER. Qué!—Valentin, (Alarmada á Valentin.)
creo que afuera te llaman.

FELIPE. El hombre! Bah! Friolera!...

TER. Valentin!

VAL. Déjame.

MAN. Calla! (Viendo á Teresa á Valentin.)

FELIPE. Es el rey de la creacion.

MAN. Teresa, adentro harás falta.

TER. Sí, señor, si ya nos ibamos.

MAN. Valentin que no se vaya.

VAL. Está bien.—Ya ves... (La segunda frase á Teresa disculpándose.)

RAF. Aquí
solo están de más las faldas.

TER. (Me lo van á malear.)

FELIPE. Tú, con las señoras, anda.

TER. Ya voy.

VAL. Yo no tengo culpa... (A Teresa; pero revelando alguna complacencia.)

TER. Bien; pero no te relamas. (A Valentin con sorna.)
(Pues lo que es yo he de enterarme
de cuanto digan, caramba!) (Vase fondo derecha.)

ESCENA III.

MANUEL, FELIPE, RAFAEL y VALENTIN: despues TERESA.

MAN. Pues solos hemos quedado,
se abre la sesion. (Sentándose junto al velador y sonando el timbre.)

FELIPE. Olé!

MAN. Qué es eso? (Al ver á Teresa que se presenta.)

TER. Llamaba usté?

MAN. Yo llamar!

TER. Pues si ha sonado!...

MAN. Pues no eres poco eficaz! (Levantándose y conduciendo al fondo á Teresa.)
Ven, hija, ven.

TER. Yo creí...

MAN. Mal creido!—A ver si así (Cerrando la puerta del fondo despues de hacer que se vaya por ella Teresa.)
podemos hablar en paz.

ESCENA IV.

Dichos, menos TERESA.

FELIPE. Vamos, hecho una jalea
por tí está ese cuerpecito. (A Valentin.)

VAL. Cá!

MAN. Valentin. (Llamándole y sentándose.)

VAL. Señorito.

MAN. Cigarros.
RAF. Sí.
FELIPE. Buena idea! (Vase Valentin puerta derecha.)

ESCENA V.

Dichos, menos VALENTIN.

RAF. Fuma este una regalía
que resucita á un difunto.
FELIPE. Hola!
MAN. Vamos al asunto
que á la órden quedó del dia.
RAF. Sin fumar? Aguarda un poco.

ESCENA VI.

Dichos y VALENTIN.

MAN. (Viendo á Valentin que sale por la puerta de la derecha con una caja de cigarros.)
Abierto queda el estanco.
FELIPE. Yo, Manolo, no soy manco. (Tomando la caja.)
VAL. (Pues yo no lo fuí tampoco.) (Enseñando un cigarro.)
RAF. Ya no habrá más digresion. (Tomando un cigarro.)
FELIPE. Chico, chico, Partagás! (Examinando la caja y despues de haber tomado un cigarro.)
MAN. Valentin, tú asistirás
á la presente reunion. (Tomando un cigarro.)
VAL. Yo! (Sonriéndose.)
MAN. No lo tomes á risa.
FELIPE. Ya te será de provecho.
VAL. Mas, señor, con qué derecho?
MAN. Te pondremos cortapisa.
FELIPE. ¿Por qué no darle sin coto
de casado los honores?
MAN. Porque aun no ejerce, señores,
y no es justo tenga voto.
Tendrá voz.
VAL. O bien catarro...
Quite el voto y quite usté
cuanto quiera. (Con tal que
no me quite este cigarro.) (Sacando á hurtadillas el que ántes mostró.)

RAF. Pues al grano.
FELIPE. Al grano, pues.
MAN. Cuando vino este mastuerzo
y con la voz del almuerzo
nos interrumpió á los tres,
decia yo: un desatino
es el lazo conyugal.
RAF. La razon.
MAN. Porque es igual
que la mezcla de agua y vino,
con la cual, y es lo notable,
hacer consiguen las gentes
de dos cosas escelentes
una cosa detestable.
FELIPE. Detestable!
MAN. Sí, á mi modo
de pensar.
RAF. Que no aprobamos.
FELIPE. En el matrimonio, vamos,
no es tan detestable todo.
RAF. Tiene dulzuras que...
MAN. Acaba;
dulzuras que no me explico.
RAF. Cuando tú tengas un chico!...
MAN. Un chico yo! Eso faltaba!
FELIPE. Lo del chico es un regalo
que yo te cedo.
MAN. Lo ves?
FELIPE. Mas con chico y todo no es
el matrimonio tan malo.
RAF. Estoy conforme.
MAN. Demonio!
—Y tú tambien? (A Valentin.)
VAL. Yo no sé
todavía...
MAN. A ver. Pues qué!...
Qué cosa es el matrimonio?
RAF. Hombre...
FELIPE. Pche...
MAN. Respuesta exijo
categórica, señor.
Mas ya la ha dado un autor
á quien aplaudo (1).
RAF. Y qué dijo?

---

(1) D. M. Ossorio y Bernard.

MAN. Que es pacto bilateral
y hasta negocio tambien
que hacen dos, que viven bien,
para vivir luego mal.
FELIPE. Es un falso testimonio.
RAF. Y tan falso.
MAN. No lo veo.
VAL. Bah! Pues yo tampoco creo
que eso sea el matrimonio.
MAN. Tú tampoco?
VAL. Ya lo he dicho,
con perdon de usted.
MAN. Los tres!
RAF. Aquel que vive mal, es
porque tiene ese capricho.
FELIPE. Justo, porque discurrir
no quiere un poco.
MAN. Hay tal tema!
RAF. Porque no tiene sistema.
VAL. Porque no sabe vivir.
MAN. Pero cómo en la anarquía
conyugal se vive en paz?
FELIPE. Con mi receta eficaz.
RAF. Con la mia.
VAL. O con la mia.
MAN. Luego, al apretar el nudo,
en la lid no debe entrar
ningun hombre sin estar
bien armado de un escudo?
Yo, indefenso, me entregué...
y lo natural sucede:
está visto: uno no puede
casarse de buena fé.
FELIPE. Mas qué te pasa y te ahoga?
MAN. Qué me pasa?
FELIPE. Dinos pronto.
MAN. Pues lo que le pasa al tonto
que se echa al cuello una soga.
Que junto á la chimenea
decido una noche estar,
y esa noche hay que llevar
á la esposa á oir *La Hebrea*.
Que, cuando dormir deseo,
la esposa ordena que polke
ó me conduce á remolque
á ganar el jubileo.
Que si algun cigarro saco

por placer, ó por capricho
ó recordando aquel dicho
de á mal dar tomar tabaco,
aun no sentido el perfume,
que tantos encantos tiene,
la tos de la esposa viene
á prohibirme que fume. (Todos rien.)
Vaya, no tomarlo á guasa:
todo cuanto referí,
todo, y más, me pasa á mí;
porque, en fin, á mi me pasa
lo mismo que pasa al cabo
al que vive en libertad
y, por propia voluntad,
se convierte en un esclavo.
Me pasa lo que le pasa
al solemne majadero
que se relame soltero
y se descuida y se casa.
Me pasa lo que al mortal
que hecho un bobo dice amen,
y renuncia á vivir bien
para vivir siempre mal.

FELIPE. Mas todo eso, en buena ley,
te pasa porque tú quieres.

MAN. Ay, Felipe! Las mujeres!...

FELIPE. El hombre, chico, es el rey!...

MAN. Mas cómo te las compones
tú, magestad poderosa,
cuando quieres una cosa
y tu reina dice nones?

FELIPE. Le advierto que se desmanda
con muchísima dulzura.

MAN. Y si la reina, criatura,
con tu arrope no se ablanda?

FELIPE. Hago una cosa sencilla
con la que el triunfo me doy:
le digo entónces que voy
á romperle una costilla.

MAN. Y ella de rabia no estalla,
ni llora, y al fin te vence?

FELIPE. Nada de eso: se convence
con la amenaza y se calla.
Ese es el medio eficaz
que suelo emplear, Manuel.

RAF. Pues es malo.

FELIPE. Gracias á él,

mi gusto hago y vivo en paz.

MAN. Qué hombre sin que se rebaje
ú ofusque?..

FELIPE. Yo no me ofusco.

MAN. Mira, es un medio...

RAF. Muy brusco

MAN. Yo diria muy salvaje.

FELIPE. Si no entendeis la pillada.

MAN. Tú dices á tu mujer...

FELIPE. Sí! Que le voy á romper...
mas nunca le rompo nada.

RAF. Lo del adagio español:
perro que ladra, no...

MAN. Ya!
Este apunta, mas no dá.

FELIPE. Pues.

MAN. Como un reloj de sol.

RAF. Eso dulcifica un poco...

FELIPE. Pero, hombre, quién tiene pecho
para hacer del dicho un hecho?...
Ni que estuviera uno loco!

MAN. Convenido: la amenaza
no pasa de ahí.

FELIPE. Respondo...

MAN. Pero, contesta: ¿en el fondo,
dejas de tomar la traza
de un bárbaro domador
que argumenta con el palo?

RAF. Para mí, Felipe, es malo
el sistema del terror.

MAN. Malísimo.

FELIPE. Desvarío.
Es muy buen sistema.

RAF. No

VAL. Quieren ustedes que yo
les diga cuál es el mio?

MAN. Sí, que nos lo participe.

RAF. Que hable el aspirante.

VAL. Pues
completamente al revés
opino que don Felipe.

MAN. Oiga!

VAL. En una cosa igual
pienso.

FELIPE. En qué te satisfice?

VAL. En eso que usted nos dice
que el hombre es un animal.

Mas pensar que las mujeres
con este ó el otro modo
nos van á dar gusto en todo,
lo que es eso, que si quieres!
Con mimos ó con querellas,
santo sea ó Lucifer,
el hombre siempre ha de hacer
aquello que quieran ellas.
Por lo tanto, es bobería
buscar la guerra indefenso.
Yo á mi Teresa no pienso
decirle esta boca es mia.
Nada de eso, y pues con calma
lo tengo bien decidido,
al convertirme en marido,
encomendaré á Dios mi alma,
me entregaré á mi mujer
con ciega conformidad,
y... hágase su voluntad
que es la que, al fin, se ha de hacer.

MAN. Ay! con esa sangre fria,
Valentin, vas á perderte,
y, por tu bien, voy á hacerte
una triste profecía.
Si este pega, á quien se entregue
siguiendo el opuesto norte...
es fácil que su consorte... (Significando pegar.)

VAL. Le pegue?

MAN. Y que se la pegue,
lo cual es mucho peor.

VAL. Sí? (Escamado.)

RAF. Seguro.

FELIPE. Tú hazte el tierno...

VAL. No, pues lo que es eso, ¡cuerno!
yo no lo aguanto, señor!

RAF. Vaya, voy á hablar yo ahora,
si es que hablar se me consiente,
y verán cuan fácilmente
se maneja á una señora.
No hay una que su poder
por la fuerza bruta ejerza:
locura es que por la fuerza
la quiera el hombre vencer.
Gran hazaña que á la malva
aplaste el potente roble:
eso, á más de no ser noble,

es gastar pólvora en salva.
Mas de qué poder disfruta
con nosotros la mujer?
De qué poder? Del de ser
soberanamente astuta.
Pues esto sabido, tate,
en lugar de hacer el bruto,
debe el hombre hacerse astuto
pues de astucia es el combate.
—Conviene, ante todo, un nene.

MAN. Dále!

VAL. Sí?

RAF. Conviene un chico.

FELIPE. Pero, hombre, yo no me explico...

RAF. Tampoco yo; mas conviene.
—Una nueva observacion:
la mujer, lo pruebo al canto,
es espíritu... y no santo,
sino de contradiccion.
Pues bien, con este detalle
y el otro...

MAN. Ya, el consabido
del chico.

RAF. Es bobo el marido
que á su mujer no avasalle:
que no haga de su costilla
lo que quiera, hablando en plata.
Y la receta es barata:
si es la cosa más sencilla!...
Ejemplo: yo salir quiero:
pues me siento, y es bastante
para que venga al instante
mi esposa á darme el sombrero.
Que quiero quedarme, y pasa
al revés; finjo salir,
y empieza Clara á gruñir
para que me quede en casa.
Este es el medio eficaz,
la receta, á que me ajusto:
gracias á ella, hago mi gusto
y logro vivir en paz,

MAN. Pues, señor, no me parece
mal esa combinacion. (Levantándose.)

FELIPE. Revela gran discrecion; (Id.)
pero yo sigo en mis trece,
porque tú á tu gusto pintas...

RAF. No creas.

FELIPE. No he de creer?
Entre marido y mujer
no caben las medias tintas.
VAL. Pues, don Rafael, á mí
su plan de usted me gustó;
mas tener que decir no
para que se entienda sí...
MAN. Es mejor tu buena fé!
Te conviertes en esclavo...
VAL. Mas y si se cumple al cabo
la profecía de usté!
FELIPE. Nada, sigue mi sistema.
RAF. El sistema de la vara.
MAN. Sin embargo, mira, para
una situacion extrema,
y á fin de hacer más perfecto
tu plan astuto, que admito,
una amenaza ó un grito
eh? no harian mal efecto.
RAF. Hombre, como extraordinario...
MAN. Y en esos dias no más
que repiquen gordo, estás?
FELIPE. Vamos.
MAN. Pero, de ordinario,
tu receta. Y eso que
lo del chico, francamente,
es un gran inconveniente...
Hombre, suprime el bebé!
Lo demás, me gusta.—Quiero
ver si para el caso valgo.
Escena.—Manuel; no salgo.
Rosario: toma el sombrero.—
Pues que me quiero acostar.
Yo.—Esta noche hacen un drama!...
Ella.—Sí? Pues á la cama.—
Y cuando quiera bailar?
Yo.—Mujer, estoy cansado.
Ella.—Pareces un fraile.
Ea, vístete y al baile.—
—Pues al baile!—Qué! (Dos golpes en la puerta detienen á Manuel en actitud de lanzarse al baile.)
FELIPE. }
RAF. } Han llamado.

ESCENA VII.

Dichos y TERESA dentro.

MAN. Quién?
TER. (Dentro.) Soy yo.
VAL. Teresa.
MAN. Alerta.
TER. Traigo una carta.
VAL. Abriré?
MAN. Abre. (A Valentin.)
TER. No, se la echaré
por debajo de la puerta.

ESCENA VIII.

Dichos ménos TERESA.

MAN. Recógela. (A Valentin que recoge la carta que habrá echado Teresa por debajo de la puerta.)
FELIPE. Sin cumplido
entérate de qué es ello.
VAL. Tome usted. No tiene sello.
RAF. A la mano habrá venido.
MAN. Muy urgente; para mí, (Fijándose en el sobre.)
y por mi mujer escrita!
Pero calle! En comandita! (Viendo la carta.)
FELIPE. De véras?
MAN. Y en verso!
RAF. Sí?
MAN. «De tres hombres muy dichosos, (Leyendo)
un favor inmenso imploran
tres desgraciadas que lloran
la ausencia de sus esposos.
Para calmar nuestro afan,
dígannos, ¡ay! si los vieron,
que hace un siglo que se fueron
y Dios sabe si vendrán!»
RAF. Por lo visto, están de broma.
MAN. Ya nos cantan el Mambrú.
FELIPE. Pues yo no lo aguanto. Y tú?
MAN. Hombre...
RAF. Eso á risa se toma.
FELIPE. Rafael, quien la hace, págala,
y por hacerla no estoy:

el Mambrú, que aplaudes hoy,
es el preludio del Trágala.

MAN. Abrimos la puerta?

FELIPE. Eso es,
vas imprudente á ablandarte!..

RAF. Qué harías tú?

FELIPE. Por mi parte,
no la abriria en un mes.
Que purgaran el bochorno
hasta que se arrepintieran.

MAN. Justo, chico, y que nos dieran
la comida por un torno.

VAL. Ay! Qué bueno!

FELIPE. En este instante,
no quisiera que Carlota,
con su alarde de chacota,
se me pusiera delante.

MAN. Mas si entra...

FELIPE. Si ántes no salgo,
aunque esté con sus amigas,
se expone...

MAN. A qué? A que le digas
que le vas á romper algo?

RAF. Señores, tengo una idea
para evitar el peligro.

FELIPE. Es que, os lo advierto, yo emigro
si la entrada se franquea.

RAF. Nos iremos los tres.

MAN. Pero...

FELIPE. Y á dónde?

RAF. No ha de pesarte.

FELIPE. Corriente.

RAF. Quiero enseñarte
mi palacio y mi heredero.

MAN. Este nos va á consumir
con su vástago dichoso.

RAF. Ya quisieras tú... envidioso!

MAN. Valentin, puedes abrir.

VAL. Voy, y una vez que se puede, (Abriendo.)
penetre la luz del dia
y el Señor, que nos la envia.
Mas, calle! Chist!

MAN. Qué sucede?

VAL. Las señoras!

MAN. Ay, qué escena!

FELIPE. Las del Mambrú! Nos veremos.
Valor!

RAF. Astucia!
VAL. Observemos.
MAN. Dios nos la depare buena!

ESCENA IX.

Dichos, ROSARIO, CLARA, CARLOTA y TERESA.

ROS. No darse por entendidas. (A Clara y Carlota.)
CLARA. Es que no sé si podré.
CAR. Ni yo. (Cuánto humo!)
CLARA. (Ay, qué atmósfera!)
ROS. (Si parece esto un cuartel!)
RAF. Oh! Señoras...
CLARA. (Farsante!)
FELIPE. (Este
lo va á echar todo á perder.)
VAL. Por qué me miras así? (A Teresa.)
TER. Si no te mirara...
VAL. Pues?
TER. (Lo que es media profecía
se cumple, ó dejo de ser!..)
RAF. Con que, qué tal lo han pasado?
CLARA. Qué tal? (Ya te lo diré.) (Tosiendo.)
ROS. Con la amable compañía
de ustedes, vaya, muy bien!
MAN. (Relampaguitos tenemos.)
FELIPE. Déjalas. (A Rafael.)
MAN. Vais á creer
que hemos estado sin duda
aquí de jaleo y de?..
Pues, señoras, nada de eso,
nosotros aquí tambien
hemos lamentado, y mucho...
ROS. No, no te esfuerces, Manuel,
que ya lo sabemos, digo,
ya lo suponemos. (Tose.)
MAN. (Eh!
Tambien tose! Vaya un duo!)
ROS. (Es preciso hacer con él
un escarmiento ejemplar
para que sepa...)
CAR. Y usted,
señor D. Felipe? (A Felipe.)
FELIPE. Cómo!
CAR. Nada dice?

FELIPE. (San Andrés!)
Yo creo que se me sube (A Manuel y Rafael en confianza.)
á las barbas mi mujer.
CAR. Para mí, es muy sorprendente
que tan silencioso esté,
porque Felipe habla mucho!
ROS. Por eso calla tal vez.
RAF. Prudencia. (Conteniendo á Felipe.)
CAR. (Que me venga ahora
con gritos.) Ejem! Ejem! (Tose.)
MAN. (Bravo! El duo ya es terceto.)
RAF. (Vaya un modo de toser!)
VAL. (Es chistoso!)
FELIPE. (Por lo visto, (A Manuel y Rafael.)
se han resfriado las tres.)
MAN. Y lo malo no es que tosen,
sino que nos tosen.
FELIPE. Qué!
MAN. Teresa falta! Oye y tú
por qué no toses tambien?
TER. Como Valentin no fuma,
ya ve usted, no es menester.
MAN. Qué tal! Es por los cigarros?
ROS. Sí, por los cigarros: quién
resiste estas chimeneas?
Por fuerza les ha de hacer
daño estar chupa que chupa!...
MAN. Aplaudimos tu interés;
mas puedes tranquilizarte;
que te digan Rafael
y Felipe; no es verdad
que no nos daña?
FELIPE. Al revés.
RAF. Dañar!
VAL. (A que al fin se salen
ellas con la suya?)
ROS. Pues
si á ustedes no les daña
y les sirve de placer,
á nosotras nos molesta;
pero mucho, como ven,
y á un simple gusto no pueden
sacrificar un deber
de cortesía, del cual
no hay reglamento, ni ley,

ni costumbre, ni razon
que les exima, á no ser
que ustedes crean que quita
lo marido á lo cortés.

MAN. No nos lo dice más claro
ni el mismo padre Claret.

FELIPE. Anda, burla con tu astucia
ese ataque, Rafael.

RAF. Mira, Felipe, siquiera
porque dejen de toser,
cedamos. (Tirando el cigarro.)

FELIPE. Bueno.

VAL. (Cayó uno.)

MAN. El hombre, chico, es el rey!... (A Felipe con ironía y tirando el cigarro.)

VAL. (Y van dos.)

FELIPE. Dí tú que sola
tosiera aquí mi mujer;
pero, en fin... (Tira el cigarro.)

VAL. (Cayeron todos.)

CLARA. Bravo! (Aplaudiendo.)

CAR. Magnífico! (Idem.)

ROS. Bien! (Idem.)

VAL. Si es tontería, señor!... (Váse.)

TER. A dónde, á dónde irá aquel?... (Persiguiendo á Valentin.)

ESCENA X.

Dichos, ménos TERESA y VALENTIN.

ROS. No esperábamos de ustedes
otra cosa.

FELIPE. Ya lo veis,
se nos rien.

ROS. Y eso, vamos,
que no inspiraban gran fé.

MAN. Gracias.

ROS. La culpa es de ustedes.

RAF. Sí?

ROS. De ustedes...

FELIPE. (Vaya un juez!)

ROS. Que un precedente sentaron
que no hacia suponer...

MAN. Un precedente?

ROS. Fatal.

FELIPE. Vámonos. (A Manuel y Rafael.)

RAF. Calla. (A Felipe.)
MAN. Y cuál es?
CLARA. Jesús, qué frágiles son
de memoria!
ROS. Es que tal vez
no saben lo que se han hecho.
CAR. Quizá.
MAN. Y qué hemos hecho?
ROS. Qué?
RAF. Sí, sí, que se diga!
ROS. Oir,
como quien oye llover,
el ruego de tres señoras
que lloraban su viudez.
Dar carpetazo á una carta...
FELIPE. La del Mambrú?
ROS. Qué tal, eh?
Mire usted, mire usted cómo
saben.
CAR. Pues no han de saber!
MAN. Qué más respuesta que abrir
la puerta?
ROS. Cierto, algo fué.
Abrieron la puerta! (A Carlota y Clara en tono de burla.)
FELIPE. (A Manuel y Rafael escamado.) Vámonos.
MAN. Se van todas á oponer. (A Felipe.)
RAF. Y mi sistema? (A Felipe y Manuel con orgullo.)
FELIPE. Pamplina!
Si quieres, yo arreglaré... (Decidido.)
MAN. Atempérate, Felipe: (Deteniéndole.)
puede que este, con la miel, (Por Rafael.)
alcance mas.
FELIPE. Cobardones!
MAN. Anda, chico. (Animando á Rafael.)
RAF. Probaré.
—No, Felipe, tiempo habrá:
yo agradezco tu interés;
mas no me parece justo
que ahora, por satisfacer
un capricho tuyo...
FELIPE. (Mio!)
RAF. Condenemos á estas tres
señoras tan apreciables
á una segunda viudez.
CLARA. Cómo se entiende!
CAR. Qué ha dicho!

ROS. No es posible.
MAN. Ay, Rafael,
presiento que nos arañan
de esta hecha.
FELIPE. Me alegraré!
CLARA. Yo no consiento!
CAR. Ni yo!
FELIPE. Doña Carlota tambien
alza el gallo!
ROS. Por lo visto,
van á encerrarse otra vez;
pero ustedes han pensado,
han podido suponer
que todos sus caprichitos
tienen fuerza de una ley,
y que siempre han de encontrar
en nuestra boca un amen?
Han creido acaso ustedes
que se han casado los tres
para pasar enjaulados
su vida, y que su mujer
puede contentarse con
decirles de mes á mes,
lo mismo que á los loritos:
—Daca la pata, Manuel.
CAR. O don Felipe.
CLARA. O... etcétera.
MAN. Te llamó etcétera. (A Rafael.)
RAF. Bien. (Sin hacer caso.)
FELIPE. Yo no puedo contenerme.
Mas, señora, olvida usted
lo que es el hombre?..
MAN. Felipe!... (Conteniéndole.)
ROS. Qué es el hombre? (Provocándole.)
FELIPE. Dejamé! (A Manuel que le contiene.)
Pues, señora, el hombre es...
MAN. (Tapándole la boca.) Calla.
ROS. El rey ha dicho?
CAR. Sí, el rey.
FELIPE. Yo no he dicho rey ni Roque.
CLARA. Yo lo he oido.
CAR. Y yo tambien.
FELIPE. Con que ustedes lo han oido?
ROS. Vaya, y yo.
FELIPE. Pues oir es!

RAF. Pero vamos al asunto.
MAN. Vamos á él.
RAF. No se trata de encerrarnos.
MAN. Nada de eso.
ROS. Pues de qué?
RAF. De que Felipe me dijo
que queria conocer
á mi niño.
MAN. Justo, sabes?
Este... dijo á Rafael
que queria...
RAF. Y yo le dije...
pero, chico, ahora ha de ser?...
MAN. Déjalo para otro dia...
RAF. Estamos aquí tan bien!...
MAN. Cabal, estamos aquí
en familia, al lado de...
nuestras mujercitas, vaya...
RAF. De aquí no me he de mover,
no señor...
MAN. Pues yo tampoco
he de moverme... porque,
mira, Felipe queria
que yo subiera tambien.
ROS. Quieren irse. (A Clara y Carlota.)
CLARA. Mas no cuela.
CAR. Sí, ya sabemos el pié
de que cojean.
RAF. Y callan!
MAN. Qué fiasco, chico!
FELIPE. Hoy el pez
tragar no quiere el anzuelo.
RAF. Con que ustedes ya lo ven:
no salimos.
ROS. Muchas gracias.
MAN. Y no nos sentamos?...
RAF. Pche...
si estás decidido...
MAN. Yo?
Piensas que voy á ceder?
CLARA. (Seria lo mismo, amigo!)
ROS. Conviene, por esta vez, (A Clara y Carlota.)
que hagan su gusto.
CLARA. Su gusto!
CAR. Rosario!
ROS. Luego os diré...
MAN. Ya estoy sentado.

RAF. Pues, mira,
si por mí no ha de llover!.. (Sentándose)
FELIPE. Ni por esas. (A Manuel y Rafael.)
ROS. Ay, qué gracia! (Riéndose.)
No te ries tú, y usted? (A Clara y Carlota.)
FELIPE. Ni la Paz y Caridad
os levantan.
RAF. Puede que...
ROS. Qué chistoso!!
CAR. Vaya! (Riéndose.)
CLARA. Mucho! (Idem.)
MAN. Oiga!—Riamos tambien! (A Rafael y Felipe.)
RAF. Conque es chistosa la cosa?
ROS. Si es chistosa? No ha de ser.
MAN. Anda, ríete, Felipe. (Rien todos.)
ROS. Si parece que teneis
el don de errar.
MAN. Cómo es eso?
ROS. Mi primito Rafael,
y tú igual, en este instante
echariais é correr
por el capricho más tonto,
con terrible impavidez;
mas se trata de cumplir
un gratísimo deber
que les impone el cariño
de un amigo antiguo y fiel,
y, en vez de escapar, qué hacen?
Ustedes mismos lo ven:
con—¡ay, Jesus! Yo no salgo!
Yo no dejo á mi mujer!—
se pegan á los asientos
como si tuvieran pez.
MAN. Es que, mira, si nosotros (Levantándose.)
sabido hubiéramos que...
RAF. Que ustedes no se enfadaban... (Idem.)
CLARA. Enfadarnos!
CAR. Al revés.
ROS. Sentimos la ausencia mucho.
CAR. Muchísimo!
CLARA. Ya se vé.
FELIPE. Mas no la pueden llorar.
ROS. Como la causa, al fin, es
tan atendible...
CAR. Cabal.
ROS. Felipe desea ver
al niño...

CAR. Pues no le priven...
CLARA. Ay, sí, sí! Véalo usted!
FELIPE. Pues señor, yo estoy en Bábia!
RAF. Qué tal? (Muy ufano á Felipe.)
MAN. Bravo!
RAF. Tú lo ves?
ROS. Tome su real magestad. (A Manuel presentándole el sombrero.)
CAR. Dígnese el Czar... (A Felipe dándole el sombrero.)
CLARA. (A Rafael idem.) Tome el rey.
MAN. Muchas gracias. (A Rosario tomando el sombrero.)
RAF. Te agradezco... (A Clara id.)
FELIPE. Sabes que observo, mujer,
que te vuelves muy punzante? (A Carlota tomando el sombrero con malos modos.)
CAR. Quién! Yo?
MAN. Vaya, hasta despues.
RAF. En seguida bajaremos.
ROS. Sin prisa.
CLARA. Cuando gusteis.
MAN. Así que este vea al niño...
ROS. Que le vea á su placer.
MAN. Oh! Receta milagrosa! (A Felipe y Rafael.)
FELIPE. Tengo en la mia mas fé...
ROS. Que salen sus magestades! (Al ver que se disponen á irse Manuel, Rafael y Felipe, y formando en fila con Clara y Carlota.)
Parada! Presenten! Er!! (Rosario, Carlota y Clara ejecutan lo que indica el último verso y tararean por lo bajo la marcha real al pasar Manuel, Rafael y Felipe.)
MAN. Están de humor! (Escamado, sonriendo.)
RAF. (Sonriendo tambien.) Pobres!
FELIPE. (Irritado.) Pobres?
MAN. Muy ingenioso! (Saludando al pasar.)
RAF. Muy bien! (Lo mismo.)

ESCENA XI.

ROSARIO, CLARA y CARLOTA: despues TERESA y VALENTIN.

ROS. Vaya, no hay que perder tiempo.
CLARA. Qué plan es el tuyo?
ROS. El mio?

Dar á esos tres reyes... magos,
que á adorar van á tu niño,
una leccion soberana. (Suena el timbre.)

CAR. De véras?

ROS. Como lo digo.
No en vano tras esa puerta
hemos de haber sorprendido
sus farsas.

CLARA. Y ellos aquí
discutiendo tan tranquilos...!

ROS. Como estaban encerrados!...
Oh! Los hombres son muy listos!
—Y Valentin? (A Teresa que aparece por el fondo derecha.)

TER. Valentin! (Llamándole desde la puerta.)
Estás sordo?—Le abomino. (Bajando al proscenio.)
Me tiene frita la sangre!
Cá! Si no parece el mismo.

ROS. Te lo han maleado.

TER. Y tanto;
pero saldrá mal conmigo.
Que te llama la señora. (A Valentin que aparece fondo derecha.)

ROS. Valentin, dile á Domingo
que enganche el landó.

VAL. Que enganche?...

ROS. Pero á escape.

TER. No has oido?

VAL. Vaya.

TER. Pues vuela, ó sino!..

VAL. (Me amenaza! San Dionisio!
Se cumple la profecía
triste de los señoritos!)

ESCENA XII.

Dichos, ménos VALENTIN.

CLARA. Por qué mandas enganchar?

ROS. Porque hace un dia magnífico,
y ya que nos abandonan
nuestros señores maridos,
mejor que estarnos aquí
contemplándonos, opino
que será dar unas vueltas,

si es que en ello convenimos,
por la Fuente Castellana.

CAR. Ay! Sí, que yo no la he visto. (Animada.)

CLARA. No? Pues le va á usté á gustar. (Id.)

TER. Buen golpe!

ROS. Pues al avio! (Teresa pone el sombrero á Carlota.)
No faltará algun fisgon
que diga que no vestimos
comme il faut.

CLARA. Ya sabes que
la gente de los domingos
no es muy rigorista.

CAR. Y yo
daré que hacer á algun crítico?

ROS. Va usted muy bien.

CAR. Muchas gracias.

CLARA. Divinamente.

CAR. Repito...

ROS. Tú que ponerte tendrás (A Clara.)
un sombrero de los mios.
Teresa, saca...

TER. En seguida.

CLARA. Cualquiera. (Váse Teresa puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

Dichas, ménos TERESA.

ROS. Siento muchísimo (Tomando el sombrero que dejó en el primer acto y que se pone ayudada de Clara.)
obligarte á que...

CLARA. Bah! todos
los tuyos son muy bonitos,
y ganaré con el préstamo.

ROS. Si no, paciencia: es preciso
hacerlo de esta manera,
pues si á tu casa subimos
ó enviamos...

CLARA. Ni pensarlo:
entónces nuestros maridos
se enteraban: pero escucha,
cierta estás de que habrán ido
á casa? Mira, Rosario,
que la visita del chico

podria ser un pretesto
nada mas.

ROS. Qué desatino!
No lo creas.

CAR. Oiga usted,
pues no habia yo caido.....

ROS. Usted tambien desconfia?

CAR. Claro está que desconfio.

ROS. Mal hecho, y hay que enmendarse.

CLARA. Tú ya sabes lo que ha sido
Rafael.

ROS. Pues más tranquila
debe tenerte eso mismo.

CAR. Luego entónces yo...

ROS. Felipe
ha sido siempre un bendito
y lo será.

CAR. Pues yo no
las tengo todas conmigo.

ROS. Pues yo sí, y les aconsejo
calmen su ánimo intranquilo
por lo que toca á este punto,
que si ustedes, sin motivo
ó con él, de sus esposos
desconfian, con el mio
están y yo tengo mucha
confianza en mi marido.

CLARA. Tu eres muy buena.

ROS. Soy justa,
y á él y á mí justicia rindo:
pues, confiando en mi esposo,
no le ofendo y yo me estimo!

CLARA. Eso es prudente.

CAR. En efecto.

ROS. Pues basta ya con lo dicho.
Imiten mi ejemplo, y... vamos,
ponte el sombrero.

ESCENA XIV.

Dichas y TERESA. (Con un sombrero.)

CLARA. Qué lindo! (Mirando el que saca y le pone Teresa.)

TER. Le gusta á usted?

ROS. Date prisa,
y á castigar á esos pícaros

que, con su teje maneje,
muy formales han creido
que la vida conyugal
era juego de chiquillos.

CAR. Y pensar que el muy tunante
de Felipe, con sus gritos,
me ha tenido á mí en un puño!

TER. Si usted lo hubiera sabido!...

CLARA. Pues y Rafael, señora,
con sus farsas!... El muy pillo!

ROS. Oh! Ya les haremos ver
muy pronto que es un delirio
buscar una dicha falsa
en alas del egoismo,,
y que solo se halla cierta
por el único camino
que abren al hombre sensato
la abnegacion y el cariño.

CLARA. Infames! Les tengo un odio!...

CAR. No me hable usted porque brinco.

ESCENA XV.

Dichas y VALENTIN.

VAL. Señora.

ROS. Qué?

VAL. Ya está el coche.

ROS. Andando se quita el frio.

TER. Cuando los señores bajen
y se enteren de... (Ríe.)

ROS. Divinos
se van á poner los tres.

CLARA. Ya daria gusto oirlos.

CAR. A Felipe, sobre todo:
pero ya perdió el prestigio:
que me amenace diciendo
que va á romperme el bautismo!...

ROS. Entónces, puede que usted
se lo rompa sin decírselo.
—Valentin, si cuando bajen
preguntan los señoritos
por nosotras, les dirás
que...

VAL. Qué?

ROS. Que nos hemos ido.

ESCENA XVI.

VALENTIN.

Está muy bien: lo que pasa
es raro. ó tonto me he vuelto.
Si parece que anda suelto
el diablo por esta casa!
Yo soy bastante impasible...
Sin embargo, con sorpresa
observo que hasta Teresa
está conmigo insufrible.

ESCENA XVII.

Dicho y TERESA.

VAL. Ella! Teresa... (Dirigiéndose á ella muy cariñoso.)
TER. Estoy sorda. (Con acritud.)
VAL. Qué pasa aquí?
TER. Fresco estás!
VAL. Tú has de saber...
TER. No sé más
que se prepara la gorda.
VAL. Y me mira de hito en hito!
TER. Sí señor.
VAL. Despierto estoy?
TER. Llaman! (Campanílla.)
VAL. Los señores! Voy...
TER. Aquí quieto y... cuidadito!

ESCENA XVIII.

VALENTIN.

Esta me alza mucho el gallo
sin duda porque yo callo.
Y al final de la jornada...
Cada vez más fácil hallo
la zurra pronosticada.

ESCENA XIX.

Dicho, TERESA, MANUEL, FELIPE y RAFAEL.

MAN. Vaya, ya estamos aquí.
FELIPE. Despues de haber visto al chico.
MAN. Que es monísimo.
RAF. Muy rico!
Te gusta de véras? (Entusiasmado á Manuel.)
MAN. Sí.
Yo no queria á ninguno;
pero el tuyo...
RAF. Es un encanto.
MAN. A mí me ha encantado tanto
que deseo tener uno.
FELIPE. Hombre!
RAF. Sin hijos, no hay modo
de tener dicha completa.
MAN. Nada, admito tu receta,
la admito con chico y todo.
—Pero por dónde andarán
nuestras tiranas traidoras?
FELIPE. Déjalas.
MAN. Y las señoras?
TER. Las señoras?
MAN. Sí.
TER. No están.
MAN. Ya lo veo.
TER. Es que han salido.
MAN. Cómo!
FELIPE. Qué has dicho?
RAF. Se fueron?
VAL. Sí señor.
MAN. Y qué dijeron?
VAL. Que dijera... que se han ido.
FELIPE. Carlotita tiene gana...
RAF. Irse así!...
MAN. Y á dónde?
TER. Creo
que han ido á dar un paseo
por la Fuente Castellana.
MAN. Esto es tentar la paciencia!...
TER. (Que rabien!)
RAF. Quién lo diria!
VAL. Yo estoy lelo!
RAF. Qué osadía!

FELIPE. Qué descaro!
MAN. Qué insolencia!
FELIPE. No se puede tener ancha
la manga con ellas. Yes? (A Manuel.)
MAN. Mas no apurarse. Los tres
tomaremos la revancha. (Aparentando calma)
FELIPE. Y dura, dura!
RAF. Pues no!
MAN. Pero calma, sí? (Cada vez más ofendido.)
RAF. Me avengo!
MAN. Mucha calma!
FELIPE. Yo la tengo! (Paseándose agitado.)
RAF. Lo mismo que yo! (Agitado y paseándose.)
MAN. Pues yo! (Id.)
TER. Valentin! (A Valentin con quien estará disputando.)
VAL. Qué pertinaz!
TER. No quiero que estés aquí.
VAL. Pero...
TER. Vienes? (Con tono amenazador.)
VAL. (Ay de mí!
La fiesta no acaba en paz!) (Váse disputando con Teresa fondo derecha.)

ESCENA XX.

Dichos, ménos TERESA y VALENTIN.

FELIPE. Qué haremos, qué, que responda
á su diabólica intriga?
MAN. Una idea! (Deteniéndose de pronto.)
RAF. Que se diga!
MAN. Nos vamos...
FELIPE. Dónde?
MAN. A la fonda.
RAF. Bien.
FELIPE. Más, con tales sobornos,
me animo á que nos venguemos.
MAN. Ya vereis qué bien comemos
los tres solitos en Fornos.
FELIPE. Lo que veo en lontananza!...
RAF. A vengarnos.
MAN. Ajajá!
FELIPE. Y que Fornos nos hará
muy sabrosa la venganza!
RAF. Y de Fornos...

FELIPE. Vengan planes!
RAF. Para que mucho les duela,
al baile de la Zarzuela!
MAN. Qué Zarzuela! A Capellanes!!
FELIPE. A Capellanes? Buen plan!
Tomaremos media turca.
RAF. O entera.
MAN. Y habrá mazurka. (Bailando.)
FELIPE. Y un poquito de can-can. (Id.)
MAN. Y broma hasta el nuevo dia!

ESCENA ULTIMA.

Dichos y VALENTIN.

VAL. Señor, ay! (Afligido con la mano en la mejilla.)
MAN. Qué ha sucedido?
RAF. Qué tienes?
VAL. Que se ha cumplido...
FELIPE. El qué?
VAL. Media profecía.
MAN. Pues la otra media...
VAL. Antes ciegue!
MAN. Ya te pegó!
RAF. Qué sonrojo!
FELIPE. Pues mi recetita!
MAN. Y ojo
para que no te la pegue!
—Ahora, señores galanes, (A Felipe y Rafael.)
á Fornos y ancha Castilla!
Ah! Costillita, costilla!
FELIPE. Qué costilla! A Capellanes!
(Manuel, Rafael y Felipe se dirigen al fondo muy animados.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA y TERESA.

TER. (A Rosario, Clara y Carlota que salen por el fondo derecha, de vuelta de paseo, y se quitan los sombreros.)
Digo que no están, señora:
que bajaron al instante
que se marcharon ustedes:
que, al ver que no habia nadie,
muy furiosos empezaron
á gritar y á pasearse;
que concertaron de pronto
yo no sé qué horribles planes,
y cogiditos del brazo,
con el puro indispensable
y muy atrás el sombrero,
tomaron luego el portante
hablando, con regocijo,
de comilona y de baile.
ROS. Cómo!
CAR. Es posible!
CLARA. Qué dices!
TER. La verdad.
CAR. Vírgen del Cármen!
CLARA. Y qué hacer? Dí.
ROS. Yo no sé...
La cosa toma un carácter...

TER. Si los hombres no han de dar
otra cosa que pesares!
CAR. Pues tenemos que hacer algo
que les duela; pero en grande!
CLARA. Sí, que vean que no pueden
impúnemente burlarse
de nosotras.
CAR. Diga usted:
á dónde, para que rabien,
podríamos ir ahora?
ROS. A dónde? A ninguna parte.
CLARA. Ah! Piensas que nos crucemos
de brazos?...
CAR. Qué disparate!
TER. Señora, no piense usted
dejarles así...
CLARA. Dejarles!
ROS. Pienso que es una imprudencia
del despecho aconsejarse.
Mas bien que como un castigo,
como una broma aceptable;
con la intencion de advertirles,
pero nunca de ultrajarles,
se me ocurrió que nos fuéramos
á pasear esta tarde.
CAR. Ocurrencia que yo aplaudo!
ROS. Y á mí me pesa.
CLARA. Pesarte?
Y por qué?
ROS. Porque, hija mia,
creí que á sus magestades
les haria alguna gracia;
mas se vé, por las señales,
que no les ha hecho ninguna
y dimos con todo al traste;
pues un marido!... no esperes
que con razones se ablande;
y ménos si son razones
que en algo su orgullo abaten;
nada de eso! Cá! Un marido
es el rey, y hay que adularle
y, sobre todo, hay que hacerle
mucha gracia, esta es la base,
mucha gracia, sobre todo,
aunque una, al hacerla, rabie!
CAR. Luego entónces?...
CLARA. No te entiendo...

Ros. Pues entenderme es muy fácil.
O acaso piensan ustedes
que hay que seguir adelante,
á pesar del ruin sistema
que se emplea en el combate?
Las represalias no logran
la victoria dar á nadie:
los que á ellas apelán, solo
consiguen despedazarse.

Clara. Eso es muy cierto.

Car. Sí, pero....
Rosario, vamos por partes.
Va usté á dejar á esos hombres
que echen su canita al aire?

Ros. Y qué remedio?

Clara. Discurre...

Ter. (Malo!)

Car. Van á solazarse
con su comilona?

Ros. Claro.

Car. Ah! No! No ha de indigestárseles
lo que coman. A Felipe
al ménos.

Clara. Y eso, al fin, pase.

Car. Ni eso pasa.

Clara. Sí, que coman;
pero, por Dios, que no bailen!

Ros. Si supiéramos siquiera
dónde han ido...

Car. Ya se sabe:
á la fonda.

Ros. Usted, sin duda,
piensa que está en Alicante!

Clara. Quizá en los Cisnes...

Ros. O en Forncs,
ó en el Casino, ó en Lardhy,
el Europeo... la Perla...

Car. Pues ya vamos encontrándoles!...

Ros. Ellos no dijeron?... (A Teresa.)

Ter. Ni esto. (Significando que nada.)
Ustedes, al ménos, ántes
no se portaron tan mal:
encargaron, al marcharse...

Ros. Es verdad.

Ter. Que Valentin
les dijera de su parte...

Ros. Que nos habíamos ido.
Clara. Y ellos... nada!
Ter. Cá! A la calle
se lanzaron sin decir
ni siquiera buenas tardes.
Car. Así me gusta!
Ros. Las cosas
se hacen bien, ó no se hacen!
Clara. Y Valentin no sabrá?...
Ter. Está de todo ignorante,
y de saber, ni con gancho,
señora, habrá quien le saque...
Clara. Mujer, ni tú?...
Ter. Mucho ménos.
Si se ha vuelto lo más cafre!...
Car. No te lo decia yo?...
Ter. Mas de mí no ha de mofarse,
y ya tiene pruebas de ello.
Clara. Pruebas?
Ter. Sí.
Ros. Que no te arrastre
la ira, por Dios!
Ter. Ay, señora!
Ya el consejo llega tarde.
Ros. Qué dices!
Ter. Yo no lo pude
remediar; tuve un arranque...
y me desahogué.
Ros. Es posible!
Car. Y de novios!
Clara. Qué brillante
porvenir se les presenta!
Car. Delicioso! Ni los ángeles!...
No te cases, chica, créeme.
Ros. No, Teresa, no te cases!
Car. Pero vamos á lo nuestro.
Clara. Sí, vamos á lo más grave.
Car. Mire usted; si á mí ahora alguno
se me pusiera delante
y me dijera: Carlota,
tome usted el premio grande,
le diria, no señor;
gracias: puede usté guardársele.
Yo no deseo otra cosa
que poder echar el guante
á Felipe: nada más!
Ros. Bien está; mas cómo echársele?

Cómo seguirles la pista,
si no han dicho?...

CLARA. Pero calle!
Rafael habrá subido
á ver al niño...

ROS. Quién sabe?

CLARA. Yo no creo que, sin verle,
haya podido marcharse.

CAR. Y tal vez haya dejado
algun recado...

CLARA. Es probable.

ROS. Que esta suba... (Por Teresa.)

CLARA. No; iré yo.

CAR. Quiere usted que la acompañe?

CLARA. Se lo iba á usté á proponer.

CAR. Pues si usted es tan amable
que permite... (A Rosario.)

ROS. Sí señora.

CLARA. Bajaremos al instante.

ROS. Mucha fortuna.

CAR. Ay, Felipe!
Como yo logre atraparte!... (Váse con Clara fondo derecha.)

ESCENA II.

ROSARIO y TERESA.

ROS. Se me figura que Clara
va á llevarse un desengaño...
y eso que, si bien se mira,
Rafael es tan padrazo...
Ojalá que me equivoque!

TER. Señora, quiere usted algo?

ROS. Por ahora no.

TER. Y diga usted,
puedo llevar á su cuarto
los sombreros, ó los dejo?...

ROS. Para qué? Puedes guardarlos.

TER. Entónces, voy.... (Teresa recoge el sombrero que llevó Rosario y el de Clara, y váse puerta izquierda.)

ESCENA III.

ROSARIO.

Pues señor,
aunque inútil juzgo el paso,
voy á ver si por la mesa

de Manuel hay algun rastro...
El, cuando sale y no estoy,
encima del cartapacio
suele dejarme una epístola...
pero hoy, qué ha de haber dejado?
La hombrada ha de ser completa!
Yo ya esperaba algun rasgo
de la alta soberanía
de nuestros augustos amos;
mas, la verdad, no creí
que se atrevieran á tanto.
Ni se hubieran atrevido
si no se hubieran juntado;
porque los maridos tienen
esa cualidad; aislados,
modelos de mansedumbre;
nada, cada uno es un santo.
Con un aire!—No es capaz
de romper ninguno un plato.
Pero, ay Dios mio! En juntándose
siquiera dos, son mas malos!!...
Manuel, verbi gracia: cierto
que la carga de casado
no llevaba muy conforme...
pero la llevaba, y cuándo
se hubiera atrevido, solo,
á lo que ha hecho, acompañado?
En fin, confianza en Dios,
y si amenaza un chubasco,
despues de la tempestad
aparece el sol más claro. (Váse puerta derecha.)

ESCENA IV.

VALENTIN, despues MANUEL.

VAL. (Sale fondo derecha: reconoce la escena, y despues de asegurarse de que no hay nadie, vuelve al fondo y desde la puerta llama con misterio.)
Chist! Chist!

MAN. No hay peligro?

VAL. No;
la señora está en su cuarto.

MAN. Pues, Valentin, es preciso
que, sin que me salga al paso
y me atrape, ganar logre

la puerta de mi despacho,
y despues la de la calle.

VAL. Otra vez? (Significando marcharse.)

MAN. Está esperando
Felipe en la esquina.

VAL. Sí?

MAN. Como nos fuimos temprano
y ninguno de los tres
tenia apetito, entramos
en la rifa que hay de objetos
en la calle de Preciados.
Despues fuimos al Casino,
y nos ha pasado un chasco!
Con el afan de hacer pleno,
á los tres nos vaciaron.

VAL. Es posible!

MAN. Y tan posible!
Vaya! Y aun hay más! Pensamos
ir á casa de Felipe
en busca de algunos cuartos,
y, para colmo de dichas,
nos sale el muy condenado
con que tiene su mujer
la llave del mundo!

VAL. Vamos,
y usted viene?

MAN. Por dinero:
tambien mi primo á buscarlo
fué por si yo no podia
penetrar en mi despacho.

VAL. Fué el señorito á su casa?

MAN. Conmigo vino.

VAL. San Pablo!

MAN. Con su afan de ver al chico...

VAL. Señor! Pues lo han atrapado!
Su esposa y doña Carlota
están allí.

MAN. El es muy largo
y sabrá escurrir el bulto:
conque á ver si yo otro tanto
consigo, porque Felipe
se estará desesperando.
Ponte en acecho.

VAL. Ya estoy. (Poniéndose á observar junto á la puerta izquierda.)

MAN. Ojo avizor!

VAL. No hay cuidado.

MAN. Y avisa si el enemigo
se acerca...

ROS. Manuel! (Saliendo por la puerta derecha.)

MAN. Rosario! (Confundido y tropezando con Rosario al dirigirse á la puerta derecha.)

ESCENA V.

Dichos y ROSARIO.

ROS. (Tan pronto de vuelta... y solo!)
MAN. (Tiemblo como un azogado!)
ROS. (Veremos cómo se esplica!)
MAN. (Y ahora yo cómo me escapo!)
VAL. Que sale, señor, que sale! (Gritando muy apurado sin apartar la vista de la puerta izquierda)
MAN. Qué está diciendo ese bárbaro?
ROS. Quién sale? (Saliendo al encuentro de Valentin.)
VAL. Vif! (Cuando digo
que aquí andan sueltos los malos!)
ROS. (Manuel, por si yo salia,
puso de espia al criado.
Luego me teme!)
MAN. (Tendré,
no hay remedio, que echar mano
de la receta de astucia,
pues, si lo meto á barato,
no me suelta.)
VAL. (Yo jurara
que ahí dentro sonaron pasos)...
ROS. Con que podremos saber
quién salia de mi cuarto?
VAL. Quién?... Diré á usted... Yo creí...
ROS. Que era yo?
MAN. Qué? No hagas caso.
VAL. Yo creí que era... Teresa: (Al ver que sale por la puerta izquierda.)
Vé usté? y no me he equivocado.

ESCENA VI.

Dichos y TERESA.

MAN. Justo, Valentin creyó...
TER. (El señor!)
ROS. Y díme, tu amo

qué interés tenia en que ella
saliera?

TER. Interés!

MAN. (Canario!)

VAL. Yo no sé...

MAN. (Pues solo falta
que ahora me achaquen pecados
que no tengo!)

TER. Yo, señora,
soy inocente!

MAN. Y yo, estamos?
Y no porque este haya dicho
¡que sale! ¡que sale!...

VAL. (Diablo!)

MAN. Creas tú...

VAL. Mas yo, señor...

MAN. Chiton.

ROS. Silencio.

VAL. Ya callo.

ROS. Y traigan ustedes luces.

VAL. Bueno.

TER. Te vas enmendando.

VAL. Pero, mujer, reflexiona...

TER. Anda.

VAL. (Pues, señor, presagio
que se me cumple otra media
profecía en este lado.) (Vánse fondo derecha, y á poco salen con dos candelabros ó quinqués encendidos que dejan en la escena.)

ESCENA VII.

ROSARIO y MANUEL.

ROS. (A qué vendrá?)

MAN. (A chamusquina
me huele. Estoy en un potro!
Calle! Se sienta! Y el otro (Al ver que Rosario se sienta.)
consumiéndose en la esquina!)

ROS. (Yo sabré...)

MAN. (Tendré que ver
si la libertad consigo.)

ROS. (Que él empiece.)

MAN. (Y qué le digo?
No me dá pié esta mujer!)

ROS. (No, pues así...) (Mirando á Manuel con ira.)

MAN. (Qué mirada!
Es otra espada de Elías!)
ROS. (Pero, hombre, hable usted!)
MAN. Decias?
ROS. Quién! yo? No decía nada.
MAN. Pensé... (Estoy haciendo el oso.)
ROS. (Y calla! Yo me consumo!) (Tosiendo.)
MAN. Te advierto que ahora no fumo.
ROS. Pues yo, sin embargo, toso.
MAN. Como el humo del cigarro...
ROS. Hay otros humos que igual
me hacen toser.
MAN. Sí?
ROS. Cabal.
MAN. Ya!... Los humos de un catarro.
ROS. Y tus humos de señor.
MAN. No digas...
ROS. Pobre de mí!
Ya... ni aun toser!
MAN. Mira, dí
que ahora estás de mal humor,
y en mi contra te previenes...
ROS. (Qué! ¿Será astucia ó simpleza?)
MAN. Vamos á ver, con franqueza,
quieres decirme qué tienes? (Con mucha zalamería y sentándose al lado de Rosario.)
Por qué con semblante esquivo
me recibes?
ROS. (Qué bribon!)
Aprension...
MAN. No es aprension.
ROS. Acaso has dado motivo?
MAN. Mas sufro las consecuencias.
ROS. Qué mala soy!
MAN. No mereces
toda la culpa.
ROS. No?...
MAN. A veces
engañan las apariencias.
ROS. Las apariencias! No digo...
mas creo...
MAN. Todo lo sé;
á que acierto yo por qué
estás de monos conmigo?
ROS. Hombre!
MAN. Cavilando un poco),
te daré la prueba al canto.

ROS. Sí? Pues no caviles tanto
que te puedes volver loco.
MAN. Mujer... (Esto es un desastre!)
ROS. (A ver por donde saldrá.)
MAN. (Y mi primo ya estará
con Felipe y con el lastre!) (Indicando dinero.)
No tienes razon, esposa.
ROS. Con que mi enojo?...
MAN. Al fin, vamos,
convienes?...
ROS. Bien: convengamos
en que me tienes furiosa.
MAN. Y en qué ese furor se basa?
Fiel tu marido, ha cumplido...
ROS. Pues por qué entra mi marido
con tanto miedo en su casa?
MAN. Eh! Lo estaba sospechando.
Bien merezco se me tilde.
Si, en vez de entrar muy humilde,
hubiera entrado pegando!...
ROS. Esto más!
MAN. Entiende...
ROS. Entiendo
que quieres pegar!
MAN. No tal.
ROS. Ya pega!
MAN. Qué material!
Quise decir... reprendiendo!
ROS. Eso tampoco es posible.
MAN. Vaya, pues no lo ha de ser!
ROS. El que quiere reprender
ha de ser irreprensible.
MAN. Como yo lo soy.
ROS. Qué dices?
MAN. Pero ustedes se marcharon
y á sus maridos dejaron
con un palmo de narices.
ROS. Y con la manga tan ancha,
que aplaudieron la escursion
porque les daba ocasion
para tomar la revancha!
MAN. Calumnia!
ROS. Base el paseo
fué de vergonzosa liga,
y se fueron...
MAN. Ay! Qué intriga!

ROS. De comida y bailoteo.
Tengo ó no datos? Responda
usted.

MAN. Muy exagerados...
(Y aquellos, desesperados,
ya se habrán ido á la fonda!)

ROS. Si aunque una mentira arrostres
te delata ese papel. (Por un paquete que Manuel lleva en el bolsillo del gaban.)

MAN. (Vaya. A que piensa que en él
le traigo algo de los postres!)

ROS. Tú ves como estás cogido?

MAN. Qué he de estar?

ROS. Aún negarás?

MAN. Rosario, escucha y sabrás
lo que vale tu marido.
Aqui contra las paredes,
por vuestro chasco, nos dimos;
pero, calmados, nos fuimos...

ROS. A dónde?

MAN. En busca de ustedes.

ROS. En busca! Bien.—Y despues?

MAN. Despues...

ROS. Dónde habeis estado?

MAN. Por recurso, hemos entrado
en una rifa. Ya ves!
Diversion más inocente!

ROS. Mucho!

MAN. La prueba aquí está.
Este premio te dirá
que tu marido no miente.
Unos seis duros y pico
me ha costado.

ROS. Tanto?

MAN. Toma. (Desenvolviendo el paquete y presentando á Rosario un sonajero.)

ROS. Un sonajero! Qué broma!
—Ya solo te falta el chico.
Para Clara.

MAN. Por supuesto. (Recogiendo el paquete y guardándolo con afan.)

ROS. Su niño armará una gresca!

MAN. Con que su niño? Estás fresca!

ROS. Cómo!

MAN. Ya hablaremos de esto.
Ahora vamos á volver...

Ros. Vamos.
MAN. (Y á ver si apresuro...
porque aquellos, de seguro,
ya han empezado á comer.)
Nos quedamos en camino...
Ros. En la rifa nos quedamos.
MAN. Cierto.
Ros. Y despues?
MAN. Presentamos
á Felipe en el Casino;
por pasar el rato.
Ros. Entiendo.
MAN. Y, en verdad, que lo pasó
con la ruleta!...
Ros. Jugó?
MAN. Jugamos!
Ros. Qué estás diciendo!
Jugar! Un vicio tan malo!
MAN. Pues lo malo eso no ha sido;
lo malo es que hemos perdido.
Ros. Manuel!
MAN. Nos han dado un palo!
Nos dejaron á la luna. (Mostrando vacios los bolsillos del chaleco.)
Ros. Si me resisto á creerlo!
MAN. Pues lo que es el no entenderlo:
esa ha sido tu fortuna!
Ros. Cállate y no hagas mas honda
mi herida.
MAN. Escucha.
Ros. No acabes.
MAN. Felipe y mi primo... sabes?
van á comer á la fonda! (Dándole mucha importancia.)
Ros. Hola! Qué tal? Se me esconde
que habia fonda y jaranas?
MAN. Bueno: tú oiste campanas;
pero no sabes á dónde.
Felipe y Rafael—qué par!—
buena la van á correr,
se van por ahí á comer,
y hasta creo que á bailar!
Yo condené, te lo aviso,
semejantes atropellos.
Ros. Pero te fuiste con ellos.
MAN. Es claro, por compromiso.
Mas siempre con la intencion

de darles un esquinazo,
si no de golpe y porrazo,
á la primera ocasion.
La expié con sangre fria,
y, al dejarnos la ruleta
sin una mala peseta,
me dije: llegó la mia!
Me ofrecí á buscar dinero;
la cosa quedó resuelta,
y, dando una media vuelta,
anda piés, para qué os quiero?
A casita diligente,
sin que ellos tengan que hablar,
porque hemos de confesar
que el pretesto es muy decente!

ROS. Pero no sales?

MAN. Mujer! (Fingiendo asombro.)

ROS. Yo creo que á tí te toca...

MAN. Pero, chica, tú estás loca?...

ROS. No vuelves?

MAN. Qué he de volver!
Que me hagas justicia espero. (Sentándose.)

ROS. (No comprendo lo que pasa.)

MAN. Yo ya no salgo de casa.
(Ahora va á darme el sombrero.)

ROS. No aplaudo yo tal accion.

MAN. (No lo dije? Bueno va!)
—Tú qué harias?

ROS. Yo... (Mas ¡ah! (Idea repentína.)
Ya descubro la intencion!)

MAN. A ver tú qué harias? Vamos. (Muy animado,)

ROS. Lo que dices tú.

MAN. Eso harías? (Sorprendido.)

ROS. Lo mismo.

MAN. Pues no decias?... (Contrariado.)

ROS. Sí, lo dije...

MAN. En qué quedamos?

ROS. En que no sales.

MAN. Por Dios,
las cosas se consideran...

ROS. No.

MAN. Los otros dos me esperan...

ROS. Pues que se sienten los dos.

MAN. Pero esas no son razones.

ROS. Pierdes el tiempo. Qué asedio!

MAN. Lo pierdo?... (Pues al remedio

de las grandes situaciones.)
—Eres de roca. No infiero
por qué así te has de oponer...

Ros. Callemos.

MAN. Otra mujer
me hubiera dado el sombrero!

Ros. Pues haria, con franqueza,
un ridículo papel.
A qué dártelo, Manuel,
teniéndolo en la cabeza?

MAN. Es leccion? (Resentido despues de haberse convencido de que lleva el sombrero.)

Ros. Quieres callar?

MAN. Por tal la tomo.

Ros. No es cierto.

MAN. Pues, por si acaso, te advierto
que la voy á aprovechar.

Ros. Qué es lo que intentas hacer?

MAN. Pues tengo puesto el sombrero,
ir á tomar el dinero
y despues... (Significando marcharse.)

Ros. No puede ser! (Alarmada.)

MAN. (Ahora un grito.) Qué! Hay quien tuerza
mi gusto!!

Ros. Ni quien lo intente. (Fingiendo mucha humildad, pero con cierta satisfaccion.)

MAN. (Cuando es la astucia impotente,
hay que apelar á la fuerza!) (Váse puerta derecha.)

ESCENA VIII.

ROSARIO.

Con tu modo de argüir. (Siguiendo á Manuel con aire de triunfo.)
has logrado penetrar!
Mas de mí te has de acordar!
A ver si puedes salir! (Echando el pasador ó cerrojo de la puerta.)

ESCENA IX.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA y RAFAEL.

(Clara y Carlota salen fondo derecha conduciendo á Rafael.)

RAF. Que aprieta usted demasiado! (A Carlota que le sujeta por un brazo.)

CLARA. Firme! Firme! (Sujetándole por el otro.)
ROS. Qué estoy viendo!
CAR. Usted se queja de vicio.
ROS. Pobre primo! Te cogieron?
RAF. (Y pensar que mi receta
ya no surte buen efecto!)
CAR. Cuando atrape yo á Felipe!...
RAF. Desde ahora le compadezco.
CLARA. No esperabas tú esta pesca? (A Rosario.)
ROS. Si yo tambien tengo un preso!
CAR. Es Felipe?... (Con vehemencia.)
ROS. No, Manuel.
CAR. Qué lástima!
RAF. Vif! Le ruego
que no se entusiasme tanto,
doña Carlota. Hay momentos
en que me confunde usted
con su marido.
CAR. No puedo
remediarlo.
RAF. No?
CLARA. Supongo
que conoces los proyectos
de estos señores.
ROS. Sé que iban
de fonda y de baile luego.
CLARA. Pero á qué baile!...
ROS. No sé...
CLARA. A Capellanes!!!
ROS. Es cierto?
Sujetadle bien!
RAF. Dios mio!...
No, mira; si yo prometo
no escaparme.
ROS. Lo prometes?
Entónces te trataremos
con las consideraciones
y prerogativas...
RAF. Pero
nada de marcha real.
ROS. Marcha real?... Por supuesto.
Ahora, si es que quieres música),
otra más propia tenemos:
la marcha de los civiles!
CLARA. }
CAR. } Sí! sí!
ROS. Te gusta?

RAF. Esa ménos.
ROS. Vamos, anda, buena pieza.
CLARA. Le indultas?
ROS. Sí.
CAR. Muy mal hecho.
ROS. Que vaya á ver á su primo.
RAF. Pero le voy á ver suelto? (Sin atreverse á creerlo.)
ROS. Por qué no?
RAF. Bendita seas!
Dónde está, dónde! (Dirigiéndose á la puerta derecha.)
ROS. Allí dentro. (Conduciéndole á la izquierda.)
RAF. Voy á deberte la vida!
CLARA. Los dejas juntos? (A Rosario.)
ROS. (A Clara.) Silencio.
RAF. Respiro!... Doña Carlota
me ha incrustado aquí los dedos! (Indicando el brazo que le sujetaba Carlota y desapareciendo por la puerta izquierda.)
CLARA. Vaya, divertirse, amigos!
CAR. Y que coman con provecho!
ROS. Y que bailen.
CLARA. }
CAR. } Sí, que bailen.
ROS. Pero cada uno en su encierro. (Echando tambien el pasador á la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

ROSARIO, CLARA y CARLOTA.

CLARA. Ah! Vamos, Manuel no está?...
ROS. No, tonta, á Manuel le tengo
encerrado en su despacho.
CLARA. Ha sido un golpe soberbio.
CAR. Ya solo falta Felipe.
Me va á parecer un sueño
cuando le tenga delante.
ROS. Pues muy pronto...
CAR. Será cierto?
ROS. Qué quiere usted que haga el pobre
por ahí solo y sin dinero!
CLARA. Si el bromazo que han corrido
les sirviera de escarmiento...
ROS. Hasta la suerte parece

que quiso burlarse de ellos.
Figúrate que Manuel
vino con un sonajero!

CLARA. Pues el lote de mi esposo
no es ménos chusco: un espejo! (Sacando un espejito del bolsillo.)
La imágen de la verdad...
él, que es lo más embustero!

CAR. Ya veremos don Felipe
con qué se nos viene.

ROS. Espero
que con otra cosa así...

CAR. De todos modos, el premio
se lo guardo yo: conmigo
le va á caer, sin remedio,
la lotería!

ESCENA XI.

Dichas, y TERESA.

TER. Señora,
Señora...

ROS. Qué hay?

TER. Que subiendo
está D. Felipe.

CAR. Sí?

ROS. Ve usted? No podia ménos...

CAR. Segura estás?

TER. Segurísima.

CLARA. Tú le has visto?

TER. Ya lo creo,
desde el corredor le he visto.

CAR. Oh! Suspirado momento! (Se oye un fuerte campanillazo.)

TER. Ya llama!

ROS. Y con brios!

CAR. Pues
que pase ese caballero.

ROS. Antes hay que asegurarle.

CLARA. Sí, sí.

ROS. Vamos á escondernos
para que caiga en la trampa.

TER. Que Valentin está abriendo! (Desde el fondo y mirando hácia la derecha.)

ROS. Vamos. (Dirigiéndose al fondo.)

CAR. Que no se me escape!

ROS. Como él entre aquí, no hay miedo. (Rosario, Clara y Carlota desaparecen por el fondo izquierda.)

ESCENA XII.

TERESA, á poco FELIPE.

TER. Corran ustedes, que ya
se oyen pasos!.. Se escondieron.
Ahora dobla el corredor
don Felipe. Vaya un gesto!

FELIPE. (Sale fondo derecha muy tapado con su gaban y con un envoltorio en la mano.)
Donde están, voto á mil bombas!

TER. (Anda, anda!)

FELIPE. Brrr! (Paseándose agitado.)

TER. (Uf! Qué estruendo!)

FELIPE. Lo que se acaba de hacer
conmigo no tiene ejemplo!
A ver, tu amo dónde está?
Dile que salga al momento,
que le espera don Felipe:
don Felipe! Entiendes?

TER. Bueno.
Y si está con las señoras?...

FELIPE. Mejor! Así acabaremos
más pronto! (Quitándose el gaban y el sombrero que deja encima de una silla con el envoltorio que lleva en la mano.)

TER. Pues voy... (Váse fondo derecha.)

FELIPE. Al bulto;
hay que irse al bulto derecho.

ESCENA XIII.

FELIPE.

Pues no faltaba otra cosa!
Tenerme á mí nada ménos
que cuarenta y seis minutos
dando en la calle paseos
hácia arriba y hácia abajo
en un Madrid, y en Enero!
Y todo por qué? Por qué?
De decirlo me avergüenzo!
Porque ya no hay dignidad

en los hombres! Se lucieron
el tal Manuel y su primo
con su astucia! Majaderos! (Rosario, Clara, Carlota y Teresa, atraviesan el fondo, de izquierda á derecha, con precaucion y fijando significativas miradas en Felipe.)
Sus mujeres á que salgan,
es claro, se habrán opuesto,
y ellos se habrán resignado
como pacientes corderos!
A mí podian venirme
con esas! Bonito genio
tengo yo para aguantar!...

ESCENA XIV.

FELIPE y MANUEL.

MAN. Abre la puerta! (Dentro y golpeando la puerta)
FELIPE. Qué es esto? (Aproximándose á la puerta derecha.)
MAN. Abre, Rosario! (Dentro.)
FELIPE. Es la voz
de Manuel!
MAN. (Dentro.) Yo te prometo
que de casa no saldré.
FELIPE. Qué escucho! Si clama al cielo! (Quita el cerrojo.)
MAN. Rosario! (Abrazando á Felipe.)
FELIPE. Aparta. (Rechazándole.)
MAN. Felipe! (Asombrado.)
FELIPE. Esto es un hombre?
MAN. Te ruego...
FELIPE. Merecias una rueca!
MAN. Pero si es que yo... (Se oyen golpes en la puerta de la izquierda.)
FELIPE. Otro preso!

ESCENA XV.

Dichos y RAFAEL.

RAF. Abre, Clara! (Dentro.)
MAN. Rafael!
FELIPE. No espero ver más!
RAF. (Dentro.) No encuentro
á mi primo por aquí.

MAN. Vamos, quizá yo fuí el cebo...
FELIPE. Sal, hombre, sal. (Quitando el cerrojo de la puerta izquierda.)
RAF. Gracias, Clara! (Abrazando á Felipe.)
FELIPE. Qué Clara, ni qué... (Rechazando á Felipe.)
RAF. Qué veo!
Felipe!
FELIPE. Felipe, sí,
de asombro y de rabia lleno,
al ver que os estais portando
lo mismo que dos muñecos.
MAN. No digas... Si tú supieras!...
RAF. Tú no sabes... (Acariciando el brazo que supone dolorido.)
FELIPE. No, ni quiero.
Pero, hombre, cómo es que á mí
no me pasa nada de eso!
RAF. Ni quiera Dios que lo pases!
(Cinco cardenales tengo!)
MAN. La fatalidad...
FELIPE. No tal.
Vuestra tontería; pero,
aunque mucha, yo supongo
que no llegará al extremo
de que renuncieis ahora
á todos nuestros proyectos.
MAN. Hombre, solo (en mi despacho),
medité el asunto, y pienso
que es un disparate...
RAF. Yo
pensé otro tanto allá dentro.
MAN. Vaya, y tú, por más que digas...
RAF. Desiste, chico.
FELIPE. Os desprecio.
Creeis que un marido puede
abdicar de sus derechos?
Si miras particulares
le dieran este consejo,
más alto que su interés,
mucho más, está el respeto
que inspirarle deben siempre
los intereses del gremio.
MAN. Calle! Pues tiene razon.
RAF. Bien mirado, no podemos...
Y á más, que si ahora callamos...
MAN. Fallamos en contra el pleito.

FELIPE. Nada, pasais la mitad
de la vida en el encierro.
RAF. Ya mi receta no sirve.
MAN. A mí me ha dado un camelo...
FELIPE. A que no falla la mia?
MAN. Si tal supiera...
FELIPE. Has de verlo.
RAF. Y entretanto, qué?
MAN. Pues hurra!
RAF. Andando!
FELIPE. Mas... y el dinero? (Deteniéndoles con solemnidad.)
MAN. A Fornos! (Sonando el dinero.)
RAF. A Capellanes! (Idem.)
FELIPE. Hay que ser hombres!
MAN. A serlo!... (Se dirigen al fondo entusiasmados.)

ESCENA XVI.

Dichos, ROSARIO, CLARA y CARLOTA.

(Al acercarse á la puerta Manuel, Felipe y Rafael, aparecen Rosario, Clara y Carlota interceptándoles el paso.)

ROS. Alto!
CLARA. No se pasa!
CAR. Atrás!
MAN. Cómo se entiende?
FELIPE. (Animándoles.) Valor!
RAF. Si ustedes se oponen!...
CLARA. Qué!
ROS. Qué?
CLARA. (Cachaza!)
MAN. Esto es atroz!
CAR. Dos palabras, don Felipe.
FELIPE. Bien; id bajando que yo (La primera palabra á Carlota; lo restante á Manuel y Rafael.)
despacho á Carlota pronto.
MAN. No nos darás un planton! (A Felipe.)
FELIPE. Tengo yo acaso la pasta
que teneis vosotros dos?
CAR. (Seguiré las instrucciones
de Rosario.—Es lo mejor.) (Baja Carlota al primer término; descubre el envoltorio que dejó Felipe encima de su gaban y se lo guarda.)
MAN. Vaya, escándalo no armemos! (A Rosario y Clara que se oponen á su salida.)

ROS. Pero tal es su teson?
RAF. Hemos resuelto marcharnos...
MAN. Y nos marcharemos, ó...
FELIPE. (Bien se defienden!)
ROS. Manuel!
MAN. Está herido nuestro honor...
RAF. Qué se diria?
CLARA. Y por eso?
ROS. Pues no saldreis.
MAN. Vive Dios!
Saldremos!
CLARA. }
ROS. } Ay!
MAN. Y á la fuerza,
si no basta la razon. (Manuel y Rafael vánse fondo derecha.)
ROS, Y la llave? (A Clara.)
CLARA. En el bolsillo.
ROS. Van á salir! A que no? (Desaparecen fondo derecha.)

ESCENA XVII.

CARLOTA y FELIPE.

FELIPE. (Qué tal, qué tal mi receta? (Por el triunfo de Manuel y Rafael.)
CAR. Présteme usted atencion. (Conduciendo á Felipe del brazo.)
FELIPE. Carlota, mujer, que tu
en broma en broma...
CAR. El humor
tengo yo para bromitas.
FELIPE. Va acaso de véras?
CAR. Oh!
Y tan de véras! Lo entiendes?
FELIPE. Pues yo siempre bailo al son
que me tocan.
CAR. Tú bailar!
Qué has de bailar, hablador?
FELIPE. Escucha, es que tienes gana
de armar conmigo cuestion?
CAR. Si en ese caso me pones...
FELIPE. Tú te olvidas de que soy
muy poco sufrido?
CAR. Y qué?

FELIPE. Cómo y qué?—Vaya, con Dios! (Tratando de marcharse.)
Manuel y el otro me esperan...
CAR. Hágame usted el favor (Sujetándole por un brazo y con mucha calma.)
de sentarse, don Felipe. (Aparecen en la puerta del fondo, donde se quedan observando, Rosario, Clara, Teresa, Manuel, Rafael y Valentin.)
FELIPE. Carlota!
CAR. Moderacion!
A sentarse y á escucharme.
FELIPE. Vamos, sino fuera por!...) (Sentándose y reprimiéndose.)
CAR. Empiezo: quince años hizo
el dia de San Anton
que mis padres me casaron
con usted en Badajoz;
y, por más que lo lamente,
la experiencia me enseñó
que entre marido y mujer,
salvando alguna escepcion,
la paz se consigue á costa
de que el uno de los dos
sea víctima del otro,
como de usted lo soy yo.
FELIPE. Y á qué viene ese preámbulo?
CAR. A decir á mi señor,
con toda formalidad,
Felipe: hasta aquí llegó;
su víctima se rebela,
y como que es de rigor
que una exista, á usted le toca
ser mi víctima desde hoy.
FELIPE. Me pasmo de mi cachaza!
Vaya, vaya... (Disponiendo á irse.)
CAR. Qué ilusion! (Deteniéndole.)
Pásmate; pero sentado.
FELIPE. Ni la paciencia de Job!
Mira que aquellos me aguardan...
CAR. Nada.
FELIPE. Mira que mi honor
está empeñado!
CAR. Lo empeñas
por poco.
FELIPE. Mira que estoy
poniéndome muy nervioso!!!

CAR. Tomas tila.
FELIPE. Que el furor
puede de pronto cegarme,
y no respondo!!!
CAR. Aprension!
Ni por esas.
FELIPE. Pues entónces
mira Carlota que voy!!!! (Amenazando.)
CAR. A qué? Vamos! (Provocándole con mucha sangre fria.)
FELIPE. A... (Sorprendido y sin atreverse á levantar la mano.)
CAR. Qué risa!...
FELIPE. A...
CAR. Dilo!
FELIPE. Calla!
CAR. Quién? Yo!...
Si ya no te tengo miedo!
FELIPE. Qué dices! Baja la voz! (Desarmado por completo.)
CAR. Venme, venme á mí con roncas,
que puede que... (Amenazándole.)
FELIPE. (San Eloy!)
CAR. Inocente!
FELIPE. (Estoy perdido!
Dios mio! Y en qué ocasion!)
Transijamos, Carlotita...
CAR. Capitula el dictador?
No transijo.
FELIPE. Van á darme
una cencerrada atroz
Manuel y su primo, si...
CAR. No me enternezco.
FELIPE. Por Dios!
Yo haré, en cambio, lo que quieras:
con santa resignacion,
seré tu víctima un año,
los quince que tú...
CAR. Ya voy!
FELIPE. Te lo pido de rodillas!
CAR. Aunque en cruz te pongas, no.
MAN. Que viva el rey! (Adelantándose con los demás y sin poder contener la risa.)
RAF. Bien, maestro!
FELIPE. Uf!
ROS. Caridad.
FELIPE. Qué baldon!

ESCENA ULTIMA.

ROSARIO, CLARA, CARLOTA, TERESA, MANUEL, FELIPE, RAFAEL y VALENTIN.

MAN. Con que dime...
CLARA. (Mala peste!)
MAN. Cómo se logra la paz?
CAR. Con su receta eficaz. (Por Felipe.)
CLARA. Vaya, y sino con la de este. (Por Rafael.)
RAF. Clara...
FELIPE. Nos han aplastado.
TER. A ver si aprendes, camueso! (A Valentin con quien se queda á un extremo.)
VAL. Quieres callar! Lo que es eso
lo tenia yo olvidado.
FELIPE. Nada, no hay medio, Manuel.
ROS. No me queda más que oir.
Lo que usted ha de decir
es que no han dado con él.
FELIPE. Como que está en cada esquina.
ROS. Está más cerca.
FELIPE. Me abismo!...
ROS. Como que está en uno mismo.
—Usted sabe la doctrina?
FELIPE. La pregunta es muy galana (Apurado.)
MAN. Contesta.
FELIPE. Contestaré.
Qué doctrina? La de usté?
ROS. No; la doctrina cristiana.
CAR. No le toque usté esa cuerda,
porque el pobre...
FELIPE. No me explico...
MAN. Eso se aprende de chico;
pero despues, quién se acuerda?...
CLARA. Me gusta!
MAN. El caso es muy grave.
ROS. Sabe usted?...
FELIPE. Vamos á ver.
ROS. Los mandamientos?...
MAN. Mujer,
los de la Ley?... Quién no sabe?...
—Son diez.
FELIPE. Claro.
RAF. Diez.
ROS. Muy bien.

MAN. Diez, que se encierran en dos...
RAF. En servir y amar á Dios...
FELIPE. Y al prógimo...
ROS. Como á quien?
FELIPE. Como á uno mismo.
CLARA. Es curioso.
ROS. Pues, si ustedes paz desean,
posible es que no la vean
en ese precepto hermoso?
Pero el mal, en mi entender,
principalmente proviene
de que aquí ninguno tiene
por prógimo á su mujer.
FELIPE. Es que á veces...
MAN. (A Felipe.) No la enredes.
FELIPE. La esposa nos contraría...
ROS. No es eso: qué tonteria!
Es que casi siempre ustedes,
con la lógica de un niño,
juzgan malvada exigencia
lo que tan solo es prudencia
ó demasiado cariño.
Es que ustedes, los esposos,
por costmbre, sin querer,
suelen ser con su mujer
poco, poco generosos.
Es que su orgullo se ufana
demasiado, y no hacen caso
de que hay que dar un repaso
á la doctrina cristiana.
Es que llegan á olvidar
sus deberes, satisfechos
con pensar en sus derechos,
y no pueden apreciar
que á quien su alma de amor llena
y el bien de todos procura,
más que su propia ventura,
le satisface la agena!
FELIPE. Anda! Anda!
RAF. Bien.
MAN. Qué sermon!
CAR. Firme!
CLARA. Lo dice de un modo...
MAN. Chicos, pues, despues de todo...
creo que tiene razon.
Bravo, Rosario! Divina!
ROS. Por Dios, Manuel.

TER. (A Valentin) Y tu qué?
Te casas?
VAL. Me casaré
si te aprendes la doctrina.
MAN. Conque... amnistia?
ROS. La habrá.
MAN. Sí? Pues á ser me decido
lo que se llama un marido,
con ínsulas de papá.
ROS. Formalidad, caballero.
MAN. La perfeccion del estado.
ROS. A este, como le ha tocado
en la rifa un sonajero!...
CAR. Pues es verdad! Todavía
ignoramos lo que ha sido
el premio de mi marido.
FELIPE. Mi premio?... Una tontería...
MAN. Un látigo le tocó.
ROS. }
CAR. } Un látigo!
FELIPE. Y voy á darlo.
CAR. No te canses en buscarlo, (Sacando un latiguillo del envoltorio que se habia guardado.)
porque ya lo tengo yo.
FELIPE. (Pobre de mí!)
ROS. No uses de él. (A Carlota.)
CAR. Roto está desde ahora mismo. (Tirando el latiguillo.)
MAN. Nada, nada: el catecismo.
Por mi parte... (Acariciando á Rosario.)
ROS. Sí, Manuel.
No esperes hallar la ciencia
de mitigar tus dolores,
cual dicen falsos doctores,
en tu propia conveniencia.
Disuelve, con el aliño
de la fé y resignacion,
muchísima abnegacion
y muchísimo cariño,
sin que te dés al demonio
por cuestiones de etiqueta,
y tendrás... la gran receta
para el mal de matrimonio.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

DON JOSÉ MARCO.

EN TRES ACTOS.

Libertad en la cadena.
El sol de invierno.
El peor enemigo.
Cuestion de trámites.
Ana. [1]
¡Cómo ha de ser!
Hoy.
Los flacos.
La feria de las mujeres.
La mujer compuesta.....
El manicomio modelo.
Receta matrimonial.
La gran jugada. (En prensa.)

EN UN ACTO.

Consecuencias de un bofeton.
El dote de María.
Una tarde aprovechada. [2]
La pava trufada.
Adan y Eva.
¡Sin padre!
La fiesta en paz. (En prensa.)
El fondo del espejo. (Id.)

---

1 En colaboracion con D. Juan Catalina y D. Juan Coupigny.
2 En colaboracion con D. Fernando Martin Redondo.